

NO SE PRESTA

La novela
TEATRAL

Antonio Portillo

20 cts.

LORIA TORREA

MARCELA

o ¿A cuál de los tres?

Comedia en tres actos

Bretón de los Herreros

Tovar
1920



DIRECTOR: JOSÉ DE URQUÍA

ADMINISTRACIÓN: MADRID. — CALVO ASENSIO, 3. — TELÉFONO J-624. — APARTADO 408

Sumario de obras publicadas en La novela TEATRAL

Galdós.—40. Electra.-53. Doña Perfecta.—58. La loca de la casa.-62. Realidad.-82. La de San Quintín.-*Sor Simona.

Benavente.—9. Todos somos unos. 102. La copa encantada.-107. El marido de su viuda.

Quintero.—66. Doña Clarines.-71. El patio. 75. La escondida senda.-88. El niño prodigio.—*Pepita Reyes.

Guimerá.—113. María Rosa.-114. Tierra baja.-196. Agua que corre.

Linares Rivas.—16. El cardenal. 99. La cizaña.-101. Bodas de plata.

Martínez Sierra.—29. Primavera en otoño. *El ama de la casa.

Tamayo y Baus.—136. Un drama nuevo.—*La bola de nieve.-*Lances de honor.-149. La locura de amor.-177. Lo positivo.-*Virginia.

Dicenta.—6. El lobo.-14. Sobrevivir.-24. El señor Feudal. 38. El crimen de ayer.-60. Daniel.-69. Amor de artistas.-77. Aurora.-92. Luciano.-*Juan José.

Zorrilla.—188. El alcalde Ronquillo.-130. El zapatero y el rey.-131. Sancho García.-148. El puñal del Godo. 171. La mejor razón la espada.

Villaespesa.—10. El rey Galaor.-23. Abén-Humeya.-37. Doña María de Padilla.-65. La leona de Castilla.-*El Halconero.-*El Alcázar de las perlas.-28. La Gioconda.

Marquina.—154. En Flandes se ha puesto el sol.-182. Doña María la Brava.-*El Retablo de Agrellano.-*Las hijas del Cid.-195.-El rey trovador.

Ramos Carrión.—84. El noveno mandamiento.-86. La tempestad.-95. La bruja.-155. La muela del juicio.-104. El bigote rubio.-106. Los sobrinos del capitán Grant.-179. Mi cara mitad.-123. Los señoritos.-*La criatura.-90. La Marsellesa.

Vital Aza.—32. Francfort.-33. La rebótica. 36. Ciencias exactas.-39. La Praviñana.-45. Parada y fonda.-50. Tiquis Miquis.-63. La sala de armas.-157. Las codornices.-137. El sueño dorado.-125. El matrimonio interino.—*Llovido del cielo.-197. El señor cura.-131. El sombrero de copa.—*Con la música a otra parte.—191. El afinador.-*Perecito.

Ramos Carrión-Vital Aza.—147. El señor gobernador.-119. Zaragüeta.—183. Robo en

despoblado.-151. El padrón municipal.-110. El oso muerto.-132. La ocasión la pintan calva.-118. El rey que rabió.

Echegaray (Miquel).—44. La viejecita.-50. Gigantes y cabezudos.-76. El dúo de la Africana.-91. La Rabalera.-115. Los demonios en el cuerpo.-178. La Credencial.-163. Los Hugonotes.-120.-Entre parientes.-111. El Octavo no mentir.

Arniches.—2. La sobrina del cura.-11. La casa de Quiros.-19. Las estrellas.-20. Dolorette.-21. La señorita de Trévez.-43. La gentuza.-67. La noche de Reyes.

Arniches-García Álvarez.—15. Alma de Dios. 17. El pobre Valbuena.-70. El terrible Pérez.-78. El fresco de Goya.-83. El método Górritz.-87. El cuarteto Pons.-97. Mi papá.-124. El pollo Tejada.-128. El perro chico.-105. Gente menuda.-122. El príncipe Casto.

García Álvarez-Muñoz Seca.—8. El verdugo de Sevilla.-12. Fúcar XXI.-34. La frescura de Lafuente.-51. El último Bravo.-56. Los cuatro Robinsones.-64. Pastor y Borrego. 73. Trampa y cartón.-193. Faustina.

Paso Abati.—13. El río de oro.-40. El gran tacahón.-116. La Divina Providencia.-*El infierno.-*Los perros de presa.-*El paraíso.-*La mar salada.-*La bendición de Dios.-*El asombro de Damasco.-*El tren rápido.-*El velón de Lucena.-*Nieves de la Sierra.-*La alegría del vivir.

Perr-n-Palacios.—74. La Corte de Faraón.-80. La manta zamorana. 84. Pedro Giménez.-89. La Generala.-93. Pepe Gallardo.-109. El Húsar de la Guardia.-142. Enseñanza libre.-*Cinematógrafo Nacional.-*Certamen Nacional.-194. Cuadros disolventes.-150. La tierra del sol.-*Las mujeres de Don Juan.-146. El País de las Hadas.

Torres del Álamo-Asenjo.—22. Serafina la Rubiales.-61. El chico del cafetín.-165. La boda de Cayetana.-176. La suerte de Salustiano. 161. Los pendientes de la Trini.-7. Charito la Samaritana.-181.-El tenor.

Paradas-Jiménez.—170. La Chicharra.-168. Las Corsarias.-174. La Madrina.-172. El nido del principal.-189. La casa de los milagros.-198. La Canastilla.-185. El primer rorro.-*La suerte perra.

COMEDIAS Y ZARZUELAS

1. Trata de blancas.-3. El místico.-4. Las semidioses.-5. Las cacatúas.-18. El hombre que asesinó.-25. La eterna víctima.-26. Jimmy Samson.-27. López de Coria.-31. El misterio del cuarto amarillo.-35. Primerose.-38. Raffles.-41. Mirandolina.-42. Genio y figura.-47. Petit-Café.-48. Los Noveleros.-54. La Tizona.-65. Miquette y su mamá.-57. Los gemelos.-98. La cena de las burlas.-100.—Franz Hallers.-108. La tía de Carlos.-141. La barba de Carrillo.-103. La Tosca.-112. Fedora.-121. Los gansos del Capitolio.-129. El director general.-145. El crimen de la calle de Leganitos.-160. La señorita del almacén.-117. El oscuro dominio.-156. Lo que ha de ser. 143. El Revisor.-153. La Cición.-166. La pesca del millón.-140. Papá Lebonnard.-173. Jettatore.-156. El amor vela.-139. Jarabe de pico.-167. El señor Duque.-109. El Gobernador de Urbequeta. 133. Tocino del cielo.-134. Militares y paisanos.-135. Muérete y verás.-144. Blasco Jimeno.-152. Don Francisco de Quevedo.-164. El Ladrón.-46. La alegría de la huerta.-52. La marcha de Cádiz.-68. Los cadetes de la reina.-72. La Tempranica.-85. La balsa de aceite.-84. El padrino de «El Eene».-96. El señor Joaquín.-79. El niño judío.-127. Tonedillas y tonadilleras españolas.-158. Cantables célebres de zarzuelas españolas.-159. Ninón.-162. Pancho Virondo.-175. Chistes célebres de zarzuelas españolas.-180. Situaciones cómicas en el teatro español.-184. La tragedia de Lavínah.-192. Los amantes de Teruel.-*El Gavilán.-187. Los amigos del alma.-190. El duelo.

Número atrasado: 10 cts. sobre el precio que marca el ejemplar.

T 315-220 1967 8 X R 8831

Marcela, o ¿A cuál de los tres?

COMEDIA EN TRES ACTOS, ORIGINAL DE

Manuel Bretón de los Herreros

PERSONAJES

MARCELA.-JULIANA - DON TIMOTEO.-DON MARTIN.-DON AMADEO.-DON AGAPITO

ACTO PRIMERO

TIM.—¡Si no quiero! ¿Hay tal porfía?

Mi habitación es sagrada.

JUL.—¿No he de dar una escobada donde hay tanta porquería?

TIM.—¿Qué importa? No lo consiento, no lo sufro y si te atreves...

JUL.—Pero...

TIM.—En tus manos alevés va a morir mi nacimiento.

A tal ruina, a tal estrago ya no hay paciencia que baste.

Ayer rompiste o quebraste mi Baltasar, mi Rey mago.

Hoy con los zorros fatales me has hecho trozos, añicos

dos pastores con pellicos, o si se quiere, zagales.

JUL.—Pero, señor...

AGA.—Lindamente. Primoroso va el tejido.

TIM.—Reniego de tu barrido.

JUL.—(Entre dientes.)

¡Vejestorio impertinente!

TIM.—¿Qué dices de vejestorio?

JUL.—Yo...

TIM.—Mira que si me irrito.(Acercándose.)

¿Qué hace usted, don Agapito?

(Juliana arregla los muebles.)

AGA.—Nada: un cordón de abalorio.

MARC.—Agapito es muy amable.

AGA.—Sabe usted cual se desvela por complacer a Marcela

mi amistad inalterable.

Prosigo, pues, mi cordón

mientras ella se ejercita

en su petaca de pita.

JUL.—(¿Qué enfadoso *borracho*?)

TIM.—Según parece es de moda

esa labor o tarea

entre las damas, o sea...

Pero di, ¿no te incomoda

esa mano de mortero

en la tuya delicada?

¡Qué moda tan desarada!

No llega al mes de febrero.

MARC.—En algo se ha de pasar

el tiempo.

AGA.—No es usted justo

en impugnar su buen gusto.

MARC.—Mejor es esto que holgar.

AGA.—Y yo diré en todas partes

que es obra muy singular,

y que la debe premiar

el Conservatorio de Artes.

MARC.—Alabanza lisonjera,

digna de un joven tan fino

como usted.

TIM.—¡Oh! Mi vecino

sabe muy bien la manera,

el modo y forma de hacer

a una dama cumplimientos; es decir...

MARC.—(Se levanta, y don Agapito también.)

En sus acentos

es muy fácil conocer

su educación esmerada.

TIM.—¡Oh! Es un joven, un mancebo,

que puedo decir, me atrevo

a afirmar... y nunca errada

me salió una profecía;

me atrevo a pronosticar

que le harán mucho lugar

las damas.

MARC.—Su bizarria,

su trato afable y cortés,

su gusto para cantar,

su destreza en el bordar,

y la gracia de sus pies

cuando baila un rigodón,

son prendas que sin empeño

bastan para hacerle dueño

del más yerto corazón.

AGA.—¡Señora! ¡Ensalzarme así!...

Me confunde usted. Ya veo...

MARC.—Como lo digo lo creo.

AGA.—(Ciega, ciega está por mi.

MARC.—Su contextura es endeble,

pero...

AGA.—Sí, soy delicado.

MARC.—Ya se ve; niño mimado..

JUL.—(¿Qué no conozca este mueble

que se están mofando de él!)

MARC.—Mas la gordura, el color...

12.210.098

son de mal tono. ¡Que horror!
No es de elegante doncel
presumir de pantorillas
como un ganapán, un bruto.
¡Qué bello es un rostro enjuto
abismado en las patillas!
Ni sobre cuello macizo
arman bien los corbatines
ni se pintan figurines
para un mancebo rollizo.
Rostro sano y carrillado
propio es de gente ordinaria.
¡Qué feo al cantar un *aria*
o lanzando un estornudo!
¡Qué mal sobre alfombra turca
quien tiene recios jamones,
qué mal mueve los talones
para bailar la *mazurca*!
¿Qué vale la corpulencia?
El hombre alto, mocetón,
parece sauce llorón
cuando hace una reverencia.
Aunque escritores morales
viendo a un hombre encanijado
clamen: ¡fatal resultado
de las costumbres actuales!
puesto que el hombre no es bueno,
le prefiero chiquitín;
que en pequeño vaso al fin
no cabe mucho veneno.
De gigantesca figura
huye amor como del bú.
Vamos; valen un Perú
los hombres en miniatura.
AGA.—¡Ah, que es celestial consuelo
el gustar a tal belleza!
Tome usted: tanta fineza
bien merece un caramelo.
¡Ah!, también una pastilla
menos dulce que esa boca.
JUL.—(¡Tonto! A risa me provoca.)
AGA.—Tiene esencia de vainilla.
(A don Timoteo y Juliana.)
Vaya unos caramelitos.
TIM.—Gracias.
AGA. Son pura ambrosía.
TIM.—¿Y de qué confitería?
AGA.—Calle de Majaderitos.
MARC.—Como usted... es parroquiano,
le servirán...
AGA. De rodillas.
Tome usted: de esas pastillas
gasta la *donna soprano*.
TIM.—¡Eh! Yo os dejo ventilar,
discutir tan grave asunto.
Por mi parte dado punto,
y me subo al palomar.
Allí me hechizo, me encanto,
y se me pasan las horas

muertas. ¡Son tan criadoras!...
Quiero decir, ¡ponen tanto!...
Yo no paro, no sosiego
hasta pasar mi revista.
Conque abur, hasta la vista:
hasta después, hasta luego.
Marcela, don Agapito, Juliana.
AGA.—¿Vuelve usted a su petaca?
MARC.—No. La cabeza me duele.
AGA.—Jaqueca. Quitarse suele
con parches de tacamaca.
¿Se los quiere usted poner?
Bueno será. En dos instantes
iré a casa de Collantes...
MARC.—¿Para qué? No es menester.
En tomando el aire un poco...
Bajaremos al jardín.
AGA.—(Ya triuñé de don Martín.
Mía es Marcela. ¡Estoy loco!)
El brazo. (Se le da Marcela.)
JUL. (Ya está tan hueco.)
AGA.—La sombrilla.
(La toma de Juliana.) ¡Bravo, bravo!
¿Allons? (Mi ventura alabo.)
MARC.—(Me divierte este muñeco.)
JUL.—Sola estoy, y esta pereza...
Vamos, el viento del Sur
me desalienta. Tenía
que arreglar el *canesú*
de la señorita, pero
para trabajar en tul
no estoy ahora. ¿Y qué haré?
¿Murmurar? El avestruz
de Juanillo no está en casa;
Bonifacio es un gandul;
la cocinera... ¡Ah! Gertrudis,
que ayer vino de Gallur,
y ahí en la casa de al lado
sirve a don Pedro Eguiluz...
Sí, sí. ¡Qué buena muchacha!
Y yo no le he dicho aún...
(Asomada a un balcón.)
¡Paisana! ¡Gertrudis! ¡Hola!
Ya viene. (Se supone que hablan con ella
desde otro balcón.) Tal cual; ¿y tú?—
Me alegro.—¿Sí? Ganas poco.
Yo cuatro duros y algún
regalillo, porque mi ama,
Dios la dé mucha salud,
es generosa y me quiere;
así tengo yo un baúl
que da gozo. Te aseguro
que mi eterna gratitud...
Su tío don Timoteo
es un pedazo de atún,
cominero, impertinente.
¡Qué lástima de ataúd!
Tan plomo para esplicarse,
que cuando dice *según*,

si detrás no va el *conforme*
no está contento. ¡Jesús!
Y luego me da una guerra
con su palomar, con su ..
Vamos; bien dijo quien dijo
que el servir es mucha cruz.
Mi ama como viuda y rica
goza de su juventud;
¡oh! pero con juicio, aunque esto
no es hoy día muy común.
No le faltan aspirantes;
pero ella, sea virtud,
sea orgullo, ó lo que fuere,
no se ha decidido aun
por ninguno. Hay un poeta
que la mira de trasluz,
suspira, gime, se arroba,
y no pronuncia una Q.
Reverso de la medalla
es un compadre andaluz,
capitán de artillería,
que lo mismo es entrar, ¡pum!
estalló la bomba. Aquella
no es boca, no, que es obús.
El tercero... ¡Y cuál me aburre
su terca solicitud!
Es un fatuo, un botarate,
post-data de hombre; el *non plus*
del lechuguinismo; enclenque,
periquito entre ellas... ¡Puf!
¡Qué peste! Siempre moneando,
siempre cantando el *Moi piú*,
siempre hablando de piruetas,
y del solo, y de la *pul...*
Hombre que iría al Japón
por bailar un patedú;
y siempre con golosinas...
¡asi está él que no echa luz!
Y dalé con si el peinado
ha de llevar marabus,
y si es color más de moda
el de hortensia que el azul;
si el corsé... Mas viene gente,
ya nos veremos. Abur.

Juliana, Don Amadeo.

AMA.—Julianita, Dios te guarde.

JUL.—¡Oh, señor don Amadeo!

AMA.—¿Y tu ama?

JUL. Salió á paseo.

AMA.—¡Qué siempre venga yo tarde!

JUL.—Ahí está don Timoteo.

AMA.—Mi corazón solo anhela

ver a la hermosa Marcela;

y no viéndola mi amor

ese prosáico señor

me cansa, no me consuela.

JUL.—Puede que lejos no esté...

AMA.—¿Quién?

JUL. Mi ama.

AMA. Dímelo. Iré...

JUL.—En cuatro saltos...

AMA. Al fin,
¿no me dirás dónde fué? Habla.

JUL. Ha bajado al jardín.

AMA.—¿Al jardín? Tú, según creo,
te burlas de un afligido. ¿No dijiste?

JUL. Que á paseo
salió. ¿Y en esto he mentido
al señor don Amadeo?

AMA.—No, mas tu chanza enfadosa
el tiempo me hace perder.

¡Oh Marcela! ¡Oh prenda hermosa!

Vuelo al jardín. ¡Oh placer!

¿Hay suerte más venturosa?

Allí entre el verde arrayán

la diré mi tierno afán,

y que enamorado, muerto...

¿Está sola?

JUL. No por cierto,
que la acompaña un galán.

AMA.—¡Ah!

JUL. (Se quedó tamañito.)

AMA.—¡Ingrata y fatal mujer!

JUL.—¡Oh! No es tan grave delito.

AMA.—¿Y quién pudo merecer?..

JUL.—El señor don Agapito.

AMA.—¿Don Agapito? Ese mono...

No le temo; le desprecio;

mas al pesar me abandono

al ver que me usurpa un necio

dicha que tanto ambiciono.

JUL.—Grande es sin duda el amor

que le inspira á usted mi ama.

AMA.—Sí; mas ni un solo favor

apaga mi amorosa llama,

y moriré de dolor.

¿Quién al mirarla tan bella,

quién no se abrasa de amores?

¿Quién no delira por ella?

Envidia tengo á las flores

que estan besando su huella.

Envidia al aire sutil

que en torno juega lascivo

de su cabello gentil,

y al ruiseñor que festivo

la canta diosa de Abril.

Y á la fuente cristalina

que murmurando la llama,

y en la enramada vecina

envidia tengo a la grama

si en ella ¡ay Dios! se reclina.

Envidio al rojo clavel

que la ofrece su carmin,

envidio á todo el vergel...

y a don Agapito, en fin,

porque la acompaña en él.

JUL.—¡Qué relación tan discreta,
y cómo huele á azahar,

á tomillo y á violeta!
Para eso de enamorar
no hay hombre como un poeta.
¡Bien haya su boca, amén,
que con elocuencia tal
pinta el favor y el desdén!
Ellos suelen sentir mal,
¡pero lo dicen tan bien!

AMA.—¡Ah!

JUL. Mas mi señora bella,
¿por qué cuando está presente
esos labios siempre sealar
¡Conmigo tan elocuente,
y tan cartujo con ella!
Declare usted su pasión,
porque mentales amores
ya de este siglo no son.

AMA.—Yo temo que sus rigores...

JUL.—¡Eh! No es tan fiero el león.
Es preciso ser más franco.
Ser cobarde con las damas
es querer quedarse en blanco.
No se ande usted por las ramas.
Herrar ó quitar el banco.

AMA.—A un deaaire, lo confieso,
prefiero una enfermedad,
y aunque la amo con exceso...

JUL.—¡Hola! Vence según eso
al amor la vanidad.

AMA.—Si Julianita quisiera,
pues tan tímido nací,
y es de mí bien camarera...

JUL.—¿Qué?

AMA.—Sé tú mi medianera.

JUL.—¡Yo!

AMA. Declárate por mí.
Yo te ruego...

JUL. ¡Bueno es esto!
Pues qué, ¿no tiene usted lengua?
O por ventura mi gesto...

AMA.—Puedes servirme sin mengua,
que mi amor es puro, honesto.

¡Ah! Si venzo sus desvíos...

JUL.—En mi vida me he mezclado
en ajenos amoríos,
porque el tiempo me ha faltado
para ocuparme en los míos.
Pero en fin, por compasión,
aunque repruebo el oficio,
ofrezco mi intercesión.

AM.—¡Oh dicha! A tal beneficio
no hay humano galardón.

Si fueses tú camarera
de las que andan por ahí,
dinero y joyas te diera;
mas veo prendas en tí
superiores á tu esfera.
Tu talento es sin igual,
y mi pluma no profano ..

Sí, voy á escribirte ufano
el mas lindo madrigal
que se ha escrito en castellano.

JUL.—¡Pues! Dádiva de poeta.

¿Y con esa frustraría
me paga usted la estafeta?

AMA.—¡Oh! La dulce poesía...

JUL.—¡Buen dinero es la Gaceta!

Aunque tenga yo talento,
y guste de madrigales,
perdone us ed si no miento,
daría por veinte reales
no un madrigal, sino ciento.
Yo agradeciera no obstante
tal honor, fineza tal,
¡oh caballero galante!

si envuelto en el madrigal
me diese usted un diamante.

AMA.—¡Oh Pimpleas! No escucheis
tan horrorosa blasfemia.

Huid ¡oh musas! ¿qué hacéis?

y hasta Rusia no pareis,
aunque os coja la epidemia.

¡Que tú discreta te llames,
tú que en el alma cobijas
pensamientos tan infames!

JUL.—Pues ¿yo?...

AMA

Calla; no me aflijas.

¡Oh auri, auri sacra fames!

(Da una moneda á Juliana).

Toma, pues dinero quieres,
y perteneces, mezcúina,
al vulgo de las mujeres.

Mayor será la propina
si con celo me sirvies;

ya que por raro portento
cuando las musas están
en tan triste abatimiento
no me pudro en un desván
descamisado y hambriento.

Toma, que la dulce lira
sólo consagro á la hermosa
por quien el alma suspira,
no a fámula codiciosa
que solo tedio me inspira.—

¡Ah! Perdona. Loco estoy.

No te enojés.

JUL. Bagatela.

Tan quisquillosa no soy.

AMA.—Hármelo dueño de Marcela
y cuanto quieras te doy.

JUL.—¿No baja usted al jardín?

AMA.—No, que me siento con vena,
y quiero a mi serafín
hacer una cantilena.

Abreme su camarín.

JUL.—Vaya usted, que abierto está.

(Se retira gesticulando como quien compone versos.)

JUL.—La cabeza perderá,
y luego si una se mofa...

Juliana, Don Martín.

MAR.—¡Oh Juliana! ¿Cómo va?

JUL.—(Otro loco rematado.)

Muy bien, señor don Martín.

MAR.—Mucho de verte me agrado.

Desde Cádiz á Pekín
no hay un cuerpo más salado.

JUL.—Es favor que...

MAR.— No, mujer.

Y ese color... ¡Cosa rara!

Y el cutis... No hay más que ver.

Hoy has estrenado cara.

JUL.—¡Yo!

MAR.— No es esa la de ayer.

Te juro que desde ahora,

a no haberme ya flechado

la viudita encantadora...

¡Ah! Pero aun no he preguntado

por el bien que mi alma adora.

¿Salió ya del toca^{do}or?—

¡Que un hombre de mi calibre

esté perdido de amor!—

Y ella independiente, libre,

fresca, tranquila... ¡Qué horror!—

¿Qué hace el viejo estafalario?

¿Recompone el nacimiento,

ó le echa alpiste al canario?—

Hoy pasó mi regimien^{to}

revista de comisario.

La vida de un militar

es vida perra, Juliana.

Suena el clarín. ¡A montar!

y por tarde y por mañana...

Es cosa de reventar.

Con que anda; sé diligente.

¿Puedo entrar? Pasa recado.--

El vecino encanijado

ahí estará. ¡Vaya un ente!

Ya me tiene estomaga^{do}.—

¿No respondes? Tú estás lela.

JUL.—¡Si usted no me deja hablar!

MAR.—Vamos, ¿dónde está Marcela?

JUL.—Ha bajado á pasear.

MAR.—¿Al Prado? ¿En la carretela?

JUL.—No. Al jardín.

MAR.—¿Con el pelmazode su tío?

JUL.— No señor. Bajó...

MAR.— Terrible embarazo

es un viejo... ¡Ah! ven, primor:

te quiero dar un abrazo.

JUL.—¡Eh! ¿Qué hace usted?

MAR.— No hay escape.

¡Eh!, si al fin me has de querer,

¿de qué sirve?... ¡Ay, mona! (Va a abra-

zarla, y Juliana, encogiendo el cuerpo, se

le huye y le deja con los brazos abiertos.)

JUL.— ¡Zape!

MAR.—Se escapó. ¿Cómo ha de ser?

Peo como yo la atrape...

Ea; vamos al jardín...

¿Mas quién sube? ¡Hola! Es la viuda,

y el enfadoso arlequin

la acompaña; sí, no hay duda.

¡Formidable paladín!

Marcela, don Martín, don Agapito.

MARC.—¿Usted por aquí, mi amigo?

Muy buenos días.

MAR.— Estoy

a los pies de usted, señora.

AGA.—Saludo a usted...

MAR.— Servidor.

(Se sienta Marcela, y en seguida don Martín

a su derecha y don Agapito a su izquierda.)

MARC.— Hoy hace un día admirable.

AGA.—Casi, casi pica el sol.

MAR.—Se equivoca usted: no pica.

AGA.—A mí sí.

MAR.— Pues a mí no.

AGA.—Eso va en naturalezas.

(Don Martín habla al oído con Marcela.)

Yo tengo una complexión...

Vaya una pastilla... (Se la presenta.)

MAR.—(Sin tomarla.) Gracias.

MARC.—(Aparte con don Martín.)

No me tengo...

AGA.— Es de licor...

MAR.—Por un monstruo...

AGA.— Una pastilla...

MARC.—Pero el cielo no me dió

las gracias que usted pondera.

MAR.—Pues no es exageración.

Esos ojos, esa boca

son obra del mismo amor.

Modestia sin sosería,

gracia sin afectación...

Y luego habrá quien alabe

las bellezas de Mo. cou.

de París, de Filadelfia,

de Edimburgo, del Japón...

¡En! No hay nada comparable

con el gracejo español,

con ese garbo, ese brío...

En la boca de un cañón

me vea yo si... (Tropieza con su brazo en

el de don Agapito, que seguía ofreciéndole

su pastilla.) ¿Qué es e o?

AGA.—Una pastilla...

MAR.— ¡Eh! No soy

amigo de golosinas.

AGA.—Suavizan mucho el palmón.

MART.—¡En! ¿Soy yo físico? ¡A mi

pastillas! (Don Martín sigue hablando aparte

con Marcela.)

AGA.—Pero... (Es atroz.)

MARC.—¡Dejaría usted de ser

andaluz! En fin, le doy

mil gracias por la lisonja.

MAR.—Lo digo de corazón.

Si no lo sintiera así
no dude usted que...

MARC. Mejor.

Así lo agradezco más.

Tengo una satisfacción
en gustar a mis amigos.

Ni dengosa, ni feo;
no me quiero parecer,
aquí para entre los dos,
a esas que arañan a un hombre

si las dicen una flor;

o bien fruncen el hocico,

y con zalamera voz,

clavando en tierra los ojos,
suelen responder: «favor
que usted me hace.—¿Sí? ¿De veras?

¡Para que lo crea yo!—

¡Eh! no diga usted esas cosas,

que me cubro de rubor.—

¡Oh, que malos son los hombres!—

Vaya, calle usted por Dios...»

Y nunca saben salir
de este mismo diapasión.

MAR.—Nunca he gustado de tontas.

AGA.—Algunas conozco yo

qué, a fé mía...

MARC. El hombre fino,

de mundo, de educación,

es galante con las damas,

y, siempre que su pudor

no ofenda, si las requiebra

cumple con su obligación.

Porque eso de si el *poplin*

es más de moda que el *gro*;

si recibió más aplausos

el contrato que el tenor;

«¿Se divierte usted? ¿Estuvo

muy concurrido el salón...?»

son ripios insustanciales

por más que entre col y col

se suela mezclar un poco

de amable murmuración.

AGA.—Ciertamente...

MARC. Ni a una dama

se le ha de hablar del Mogol,

de la guerra de los rusos,

de si vino el paquebot

de la Habana, de...

MAR. A las bellas

se les debe hablar de amor.

AGA.—Y cuando más, de algún baile,

de alguna.

MAR.—(A Marcelita.) Prendado estoy

de esa gracia peregrina.

AGA.—Marcelita... (Se acabó:

no me deja meter baza.) (Se levanta.)

¿Hay hombre más hablador?)

Marcela, don Martín, don Amadeo y do

Agapito.

AMA.—(¡Eh! Ya acabé mi letrilla.

Jamás Apolo...) Señora...

MARC.—Beso a usted la mano.

MAR. ¡Oh primo!—

Pues señor, vuelvo a mi historia.

(Habla al oído con Marcela.)

AMA.—(¡Ingrata! ¡Apenas me mira;

me saluda desdeñosa,

y habla con otro en secreto!

Yo no sé cómo soporta

tantos ultrajes mi amor.)

(Se pasea, Don Agapito, aburrido, se pone

a trabajar en su cordón.)

MARC.—¡Que siempre ha de esta de bro-

este don Martín!

AGA.—(A don Amadeo.) Amigo,

poco favorable sopla

el viento para nosotros.

Don Martín es quien la logra.

Miré usted qué amartelado,

qué ufano está... No me importa.

Yo sé bien que si Marcela

de algún galán se enamora

será de mí, porque al cabo

y al fin, aunque no me toca

alabarme... ¡Ah, qué ocurrencia!

¿Por qué no hace usted unas coplas

satíricas contra ese hombre

que tanto nos encocora?

AMA.—No estoy para coplas.

AGA.

Pero...

AMA.—Ni jamás contra personas

determinadas...

AGA. No le hace.

La venganza es muy sabrosa.

Pero ya se ve, no siempre

las deidades de Helicon...

¿Y qué tiene usted entre manos

ahora?

AMA. Nada (¡Qué mosca

es el hombre!)

AGA. ¿Algun soneto

a los desdenes de Flora?

¿Algun agudo epigrama?

¿O bien algunas estrofas?...)

AMA.—¡Hombre...

AGA.

¿O quizá algún poema

al céfiro y a la aurora?

AMA.—No piense...

AGA.

¿Alguna elegía?

¿Alguna oda? ¡Oh! Las odas...

AMA.—No señor. Voy a escribir,

no con tinta, con ponzoña,

una sátira sangrienta

contra hombrecillos de alcorza,

que solo tienen talento

para bailar la gabota;

que por un yerro de imprenta
son hombres, y no son monas;
que huelen a majaderos
al través de tanto aroma;
que si España fuera Egipto
rudieran pasar por momias;
que con su voz de faise
los oídos me destrozan;
que con su extraña figura
siempre a risa me provocan;
que con sus gestos me pudren,
me empalagan con sus modas...
y en fin, con necias preguntas
me fastidian, me sofocan.
AGA.—Ya, pero eso ha de entenderse
con quien...

MARC. Dobleemos la hoja,
don Martín, y guarde usted
para qu en no le conozca
esas frases de cartilla.

MAR.—¿Y por qué ha de ser lisonja,
y no...

MARC. ¡Por Dios, don Martín!
Mire usted que no soy tonta.

MAR.—(Otra será su respuesta
cuando me declare en forma.)

MARC.—Amigo don Amadeo,
¿teme usted que se le coman?

¿Cómo así tan retirado?

AMA.—Quien de prudente blasona,
señora mía, se aleja
si conoce que incomoda.

MARC.—¡A mi incomodarme usted!
Con decirlo me sonroja.

Don Martín me estaba hablando,
y como siempre es chistosa
su conversación...

MAR. (Yo venzo.)

MARC.—Me hacen gracia hasta las bolas
que suele ensartar.

MAR. ¡Marcela!

MARC.—Yo le oigo como una boba.

Ni era cosa de dejarle
con la palabra en la boca.

AGA.—Sí; ¡fácil es!

MAR. Yo protesto.

Bien está; pero mi norma
es ser imparcial con todos
mis amigos.

AMA. Si yo...

MARC. Ahora soy de usted.

AMA.—(Sentándose.) ¡Oh dulces ojos!
¡Oh voz que el alma me roba!

Marcelita...

MARC. ¿Piensa usted
publicar alguna obra de su ingenio?

MAR. Mal hará,
si no es alguna espantosa
novela donde haya espectros,

y violencias y mazmorras,
y almas en pena, y suicidios...
y en fin, eso que está en boga.

Sobre todo, gran cartel
con cada letra tan gorda,
y te haces hombre. Si aspiras
a merecer la corona

de escritor clásico, puro;
si cuidas más de la gloria
que del dinero, ¡ay de ti!
ningún cristiano te compra.

AMA.—No me desvela el afán
de verme impreso. ¡Es tan poca
la confianza que tengo
en mis versos!..

MAR. Es muy propia
del verdadero saber
la modestia.

AMA. Usted me honra.
(¡Oh bella!)

MARC.—Más yo, que soy
su amiga y admiradora,
y por usted me intereso
tanto...

AMA. (¡Bien haya tu boca!)

MARC.—Siento que versos tan lindos,
y que justamente elogian
sujetos de ciencia y gusto,
el público desconozca,
cuando hace gemir las prensas
tanta fermentada copla.

AMA.—(¡Ah!.) La aprobación de usted
es mi más satisfactoria recompensa.

AGA. (Estoy volado.)

MAR.—¿De qué valen las cien trompas
de la fama? Quien merece
la aprobación de una hermosa...
Cuando voy yo a la cabeza

de mi veterana tropa,
y agitando el abanico

con sonrisa que enamora
alguna humana deidad

me saluda... vaya; es cosa
de perder el juicio.—Estando
mi escuadrón en Tarragona...

A propósito, hoy me ha escrito
el ayudante Mendoza.

(Se levanta Marcela y todos, menos don
Agapito.) ¡Qué buen muchacho! Se casa
por poderes en Daroca
con una... Don Agapito,
deje usted esa maniobra.
¿Qué diablo?..

AGA. Sí; ya la dejo,
que no estoy de humor. Las borlas
para mañana. (Se levanta.)

Marcela, don Amadeo, don Martín, don Aga-
pito, don Timoteo.

TIM. ¡Oh señores!

Tanta dicha, tanta honra...

MAR.—¡Oh, amigo mío!

TIM. Yo estaba

arriba con las palomas...

AMA.—¡Las tres! (Va a tomar el sombrero, y lo mismo don Agapito y don Martín.)

TIM. ¿Dónde van ustedes?

Alto ahí, que quiero que coman con nosotros.

AMA. Por mi parte...

TIM.—¡Cómo! Ninguno se oponga,

se resista a mi convite,

a mi obsequio. (A la puerta.)

Juan, la sopa.

MAR.—Pero...

TIM. No hay pero que valga.

No somos gente tan sobria,

tan frugal, que nuestra mesa

se asuste por tres personas,

por tres convidados más o menos.

MARC. Soy muy gustosa

en que ustedes me acompañen.

MAR.—Acepto pues

TIM. Buena olla,

quiero decir, buen cocido

no ha de faltar; y unas ostras,

que no se comen mejores

en la fonda de Perona.

AMA.—Con mucho placer...

AGA. No debo despreciar...

TIM. Sin ceremonia;

sin cumplimiento. No gusto

de etiquetas enfadosas.—

Ea; al comedor conmigo.—

¡Qué haces tú que no te apoyas

en un brazo...

(Los tres se lo ofrecen, y Marcela toma el de don Agapito, que está más cerca.)

¡Bravo! Adentro (Se lleva como a remolque a don Martín y a don Amadeo.)

MAR.—¡Maldito goloso...

Don Agapito, Marcela

AGA. (¡Hola!

me prefiere) Marcelita,

si usted a mal no lo toma,

después de comer quisiera...

MARC.—¿Qué?

AGA. Hablar con usted a solas.

MAR. Muy bien (¿Qué querrá decirme?)

AGA.—(¿Qué de finezas me otorga!

¡Si digo yo que mi amor

navega con viento en popa!)

ACTO SEGUNDO

Marcela, Juliana.

JUL.—Pronto deja usted la mesa.

MARC.—Ya han levantado el mantel:

no tienen por qué quejarse.

Les he servido el café,

y huyendo de los cigarros,

que maldiga Dios, amén,

aquí me vengo, Juliana.

JUL.—Pero esa es mucha esquivéz,

señorita. ¿Que dirán

viendo que se aleja usted tan pronto?

MARC. ¿Qué han de decir?

Quépreciándome de ser

amiga suya, los trato

con franqueza.

JUL. Eso está bien,

y en punto a conversación,

ya que usted no se la dé

harto la suple su tío,

que habla él solo más que diez;

mas no es esa la cuestión, sino...

MARC. ¿Qué?

JUL. Qué a mí entender,

motivos menos triviales

harán sensible y cruel

esa retirada.

MARC. ¡Como!

Yo no entiendo,—

JUL. ¡Pues, qué!

mi señorita ¿no sabe

que el invencible poder

de sus ojos hechiceros

cautivos tiene a los tres?

MARC.—¿Qué estás diciendo?

JUL. En verdad.

señora, no es menester

ser profeta para eso.

El amor luego se vé,

y en materias semejantes

es un lince la mujer.

MAR.—Pues yo, que tal no he notado,

no lince, topo seré.

JUL.—¿Disimula usted conmigo?

Eso, señora, es hacer

agravio a mi discreción.

¿O desea usted tal vez

que la regale el oído?

MARC.—No por cierto. Pero ¿quien

te ha contado esas patrañas?

En nuestro trato ¿que ves

sino una amistad sencilla?...

JUL.—Me gusta la sencillez.

Digo a usted que están prendados

de esos hechizos. Lo sé

de buena tinta.

MARC. Confieso

que muy galantes, los tres

me suelen decir lisonjas,

que ni puedo reprender,

porque al fin las alabanzas

nunca se oyen con desdén,

ni les doy otro valor

que el debido al oropel
de cortesanas finezas.

Uno entre ellos suele ser
más pródigo de requiebros.

JUL.—Don Martín sin duda.

MARC.

Pues,

pero yo le oigo, Juliana,
como quien oye llover,
porque es aquella cabeza
otra torre de Babel;
y tan pronto me enamora
diciendo que al roscier
de la aurora dan envidia
mis ojos, y que el clavel
no es más rojo que mis labios,
y cosas de este jaez

como me habla de un tordillo
que le envían de Jaen
y del pienso, la parada,
la patrulla y el cuartel.

JUL.—Pues crea usted...

MARC.

Ahora dime,

¿no sería una sandez
el juzgarme yo querida,
solicitada por él?

Don Agapito me asedia,
y suele decir también
sus piropos; pero un hombre
que gasta todo su haber
en perfumes y en pastillas,
víctima de su corsé
bailarán, afeminado,

¿cómo es capaz de querer?

Resta el poeta, y tú sabes
que es la suma timidez
para con las damas. Puede
que por mí perdido esté
de amor, y aun suele mirarme
con melosa languidez;

pero mientras no se explique
mal le puedo comprender.
En fin tiempo ha que me tratan
todos ellos. La viudez
me da cierta independencia;
mas, aunque sola me ven,
de ninguno he recibido
hasta ahora ni papel,
ni declaración verbal
por donde pueda creer
que me aman. Los tres me estiman,
y no fuera yo cortés
si tan finas atenciones
me negase a agradecer.

JUL.—Sin embargo, muchas veces,
mientras una no da pie,
callan los hombres y... Vamos,
ya sabe usted que soy fiel.
Ese cuerpo a dado a todos
flechazo: sí; yo doy fe.

¿Cuál de los tres ha logrado
inspirar más interés?...

MARC.—Vete, que don Agapito
quiere hablarme a solas.

JUL.—¿Eh? ¿Qué tal?

MARC.

Y aquí viene.

JUL.

Pronto

le verá usted a sus pies
tierno, rendido...

MARC.—¡Bobada!

algún nuevo balance

querrá enseñarme, o quizá...

JUL.—Ello presto se ha de ver.

Yo me voy. (Ya por lo pronto
cayó en el anzuelo un pez.)

Marcela, Don Agapito

AGA.—Ahora, bella Marcelita,
que no está aquí el artillero,

y sobremesa el coplero

no sé si duerme o medita;

pues benevolo ha querido

colmándome de bondades,

darne a solas una audiencia,

prepare usted el oído...

MARC.—(Para escuchar necedades.

Paciencia.)

AGA.—Sin vanidad, yo nací,

señora, con tal estrella,

que apenas hay una bella

que no delire por mí.

Yo las dejo suspirar

y, prendido en otra red,

las miro con menoscprecio;

que a todas no puedo amar,

y mi alma...

MARC.—Prosiga usted. (Que necio.)

AGA.—Ya prosigo. El alma mía

sola usted ha cautivado

y a la de usted se ha ligado

por secreta simpatía.

No es dura roca Marcela,

no es insensate diamante

al tierno amor que me inspira.

Sé que por mí se desvela;

me lo prueba a cada instante...

MARC.—(Mentira.) Permitame usted...

AGA.—Seré breve. Pero sus ojos fatales

alientan a mis rivales,

y esta conducta es aleva.

Fijo yo en su corazón,

poco me debe aflijir

algún amor transeunte.

MARC.—Pero ¿qué demostración?...

AGA.—Déjeme usted concluir.

MARC.

(¡Que apunte!)

AGA.—Si a solas está conmigo,

su sonrisa seductora

me prueba... (Se rie Marcela.)

pues, como ahora,

que soy su más dulce amigo;
mas si viene el atronado
de don Martín..., ¡fuego en él!
o el mustio don Amadeo,
hago yo siempre a su lado
un ridículo papel.

MAR. (Lo creo.)

AGA.—Pretendo, pues, y ya es hora,
que ese labio lisonjero

ponga tin con un te quiero
al ansia que me devora.

(Viene don Amadeo, Marcela le sale al en-
cuentro y hablan aparte.)

Entonces, si gloria tanta,
que mi ventura completa
me disputa un temerario...

¡Calla! ¡Esta es buena! Me planta
por hablar con el poeta. ¡Canario!

Marcela, Don Agapito, Don Amadeo

MARC.—(Aparte con don Amadeo.)

No, no me lo niegue usted;
ocioso es que disimule.

¡Si Juliana me lo ha dicho!

AGA.—(Mece quien esto sufre...

Pero no; estará picada,
y darme celos presume.)

AMA.—Estaba solo, y supliendo
en mí al estro la costumbre;
una letrilla amorosa

por pasatiempo compuse;
pero está tan incorrecta...

AGA.—(Si me vé con pesadumbre
logra su objeto.)

MARC. ¿Qué importa?

No es razón que se sepulte
en el olvido. Veamos.

AMA.—Bien, con tal que no la escuche
don Agapito...

MARC. ¿Y por qué?

AMA.—No temo a una mala nube
tanto como a un necio.

AGA. (¡Oh! sí;

aunque se finge voluble,
ella me ama. Lleva a mal

que sin motivo la acuse...

Bien puedo yo ser su amante
sin exigir que renuncie
a tener amigos.)

MARC. Bien,
pues yo haré que desocupe
el puesto.—Don Agapito.

(Se acerca a él.)

AGA.—(¡Miren que pronto sucumbe!)

MARC.—Quisiera... Perdone usted.

AGA.—(¡No digo!)

MARC. Mandar por dulces...

AGA.—Aun he de tener pastillas
aquí... mas ¡son tan comunes!

Usted prefiere merengues;

¿no es cierto?

MARC. Lo que a usted guste.

(Yo no los he de probar.)

AGA.—No sé si en casa de Núñez
los habra. Si no los tiene,
yo veré en los andaluces...

MARC.—No; yo mandaré a Juanillo...

AGA.—¡Qué! ¡Si ese hombre es tan inú-
(til...)

MARC.—Es verdad. Bien, vaya usted;
mejor será.

AGA. Me confunde
tanta bondad. Voy volando.

(Ya no es posible que dude
de su amor. ¡Para que hiciera

tal distinción de ese fútil
poetilla, o del insigne

don Martín! ¡Ah, cual me bulle
el corazón de alegría!

¡Digo a ustedes que se lucen,
señores míos!)

(A Marcela con misterio, y haciéndose el in-
terésado.) Supongo que...

MARC.—(Riéndose.) Ya.

AGA. Bien, bien; pero urge...

MARC.—Sí.

AGA.—(Muy satisfecho.)

Basta, basta. (Lo más
que resiste es hasta el lunes.)

Don Amadeo, Marcela,

MARC.—(¿Habrás titeré más?... Vamos
ya nadie nos interrumpe.

Lea usted esa letrilla.

AMA.—Será fácil que me turbe.

Léala usted si merece

tal dicha mi pobre numen,
y perdóname mi osadía.

MARC.—(Temblando está.)

AMA. (Amor me ayude.)

MARC.—«Letrilla a Laura».

AMA. (No sangre,
hielo por mis venas cunde.)

MARC.—«Mis ojos que admiran
tu talle gentil,

y a los tuyos piden

cadena feliz,

y ven en tus labios

las Gracias reir,

te aicen; bien mío,

que muero por tí.

Si veo a tu mano,

que envidia al marfil,

del arpa divina

las cuerdas herir,

mi dulce embeleso,

mi gozo sin fin

te dicen, ¡oh Laura!

que muero por tí.

Tú ves abrasado

mi pecho latir,
desque Amor me hiera
con dardo sutil.
Mis hondos gemidos,
mi llanto inteliz
te dicen sin tregua
que muero por tí.

Erato desdeña
mi plectro regir,
si no es que te canto
gloria de Madrid,
y en versos que aspiran
a eterno buril,
¡oh Laura! te juro
que muero por tí.
Cautivo en tus ojos
me consumo así
cual roto y peruido
capullo de Abril.
Tú me ves, ¡oh Laura!
pensando morir,
y quizá no sabes
que muero por tí.

Ya es vano el silencio.

Yo te adoro, si.
Por tí me atormentan
mil penas y mil.
Si airada la tumba
me quieres abrir...
no ignores al menos
que muero por tí.»

¡Oh que preciosa canción!
(¿Seré yo esta Laura bella?)

AMA.—Si hay algún mérito en ella,
es todo del corazón.

MARC.—No se llame sin ventura
quien maneja así la lira,
ni la belleza que inspira
tanto amor, tanta ternura.

AMA.—¡Ah! Si...

MARC. Nombre imaginario

Laura sin duda será,
que los poetas allá
tienen otro calendario.

Y la razón es muy liana:
¿quién en los versos tolera
a una Blasa o Baldomera,
Jerónima o Sinforiana?—
¿Y tanta es la perfección
de esa Laura? ¿Ha sido fiel
el poético pince?

¿No ha habido exageración?

AMA.—(Con entusiasmo.)
Es de las gracias modelo,
la formón con los acores,
sus ojos encantadores
robaron la luz al cielo,
flores nacen donde pisa...

MARC.—(Remendándole.)

Su dulce voz enajena,
y las almas encadena
con su hechicera sonrisa;
su boca es fragante rosa
de Chypre .. o de Jericó.—
¿Piensa usted que no sé yo
como se pinta a una hermosa?

AMA.—(Se burla. No me declaro.)

MARC. (¿Tendrá Juliana razón?)

Pero ¿quien en conclusión

es ese portento raro?

AMA.—No seré yo quien le nombre.

MARC.—¿Es delito por ventura
el adorarla?

AMA. Es locura.

MARC.—¡Locura! ¿Eso dice un hombre?—

¿Es de áspera condición?

AMA.—No, que su agrado enamora.

MARC.—¿Es casada?

AMA. No, señora.

Más honesta es mi pasión.

MARC.—(Yo de mi duda saldré).

¿Es amiga mía?

AMA. Sí.

MARC.—¿Vive muy lejos de aquí?

AMA.—No.

MARC. ¿Quiere a otro?

AMA. No sé.

MARC.—Hoy la habrá usted visto.

AMA. Ya.

MARC.—¿Puso mala cara?

AMA. No.

MARC.—¿Le ha dado a usted celos?

AMA. ¡Oh!

MARC.—¿Le ha hecho a usted preguntas?

AMA. ¡Ah!

MARC.—¡Qué lacónico es usted!—

Vaya, tome su canción,

y a la primera ocasión...

AMA.—¡Ah!, ya es inútil.

MARC. ¿Porqué?

AMA.—Porque su rigor me hiela.

MARC.—Cualquiera de esto se halaga,
y si tanto amor no paga,
lo agradecerá...

AMA. ¡Marcela!

MARC.—Tome usted sus versos.

AMA. ¡Oh!

MARC.—¡Dale con tanto gemir!

Acabe usted de decir

que soy esa Laura yo.

AMA.—(Turbado). ¡Ah! sí... Mi... La...

MARC.—(Riéndose). Sí... Mi... La...

¿Me enseña usted el solfeo?

AMA.—(Perdido soy; bien lo veo).

MARC.—(Lástima y risa me da).

Vaya, hable usted con franqueza,
monosilabo señor.

¿Soy yo causa de su amor?

AMA.—¡Oh desventura!, ¡oh flaqueza!

MARC.—De nada me maravillo; y...

AMA.—¡Dura fuerza del hombre!

MARC.—Vaya, hable usted o me enfado.

AMA.—¡Ay Marcela!

MARC.—¡Ay tabardillo!

AMA.—¿Con que al fin he de romper mi silencio?

MARC.—Sí; ya es hora.

AMA.—Pues la que mi pecho adora...

MARC.—Ya no lo quiero saber.

AMA.—¡Ah! (Se deja caer sobre una silla).

Don Amadeo, Marcela, Don Martín.

MARC.—¡Gracias al cielo doy,

que al fin ya libre me veo...

MARC.—¿De quién?

MARC.—De don Timoteo.

Bufando de rabia es hoy.

MARC.—Pues ¿cómo?...

MARC.—¡Malditos sean

sus s'ónimos eternos!

Hay hombres de los infiernos

que cuando hablan e porrean.

No acabára en quince días

a no hacerle yo acostar,

y vuelta a su palomar,

y torna a sus profecías,

y retorna al nacimiento...

¡Digo! ¡Pues tenía traza

de dejarme meter baza!

¡Oh, que hablador tan sangriento!

Aquello era por demás.

¡Hija, qué nubes! ¡qué nubes!

Intención mil veces tuve

de enviarle a Satanás.

No lo puedo resistir;

me desesperan, me endiablan

esos que hablan y hablan y hablan

sin respirar ni escupir.

Sirve en mi cuerpo un alférez

que es hablador furibundo,

y se llama don Facundo

Valentín Pérez y Pérez.

No hay poder hablar con él.

Sí, sí, ¡facilito es eso!

En soltando la sin hueso

a ninguno da cuartel.

Un día se puso a hablar

conmigo: yo le quería

interrumpir. ¡Robería!

Sintió que iba a estornudar.

En tan crítico momento

¿qué hace? La boca me tapa,

el estornudo se escapa,

y prosigue con su cuento.

¡Digo! Esto es ser hablador.

Pues con tanta algarabía,

por cartujo pasaría

al lado de ese señor.

Es mucha, mucha crueldad.

¡Válgame Dios, que carcoma!..

No lo tiene usted a broma:

eso es una enfermedad.

Vamos: aún me dan sudores.

¡Qué suplicio! ¡Qué agonía!

¡¡¡Jesús!! ¡Mala pulmonía

en todos los habladores!

MARC.—¡Cuenta con la maldición!

MARC.—Pues qué ¿me puede alcanzar?

MARC.—No; a usted no, que es para na-

la suma moderación. [clar

Mas ¡oh prodigio admirable!

en el próximo aposento

a usted le ha dado tormento

un hablador perdurable.

Pues véame usted; yo sudo

de fatiga y de pesar

porque acabo de lidiar

con un sempiterno mudo.

MARC.—Mudo! ¿Y quién?...

AMA.—¡Abrete, abismo!

MARC.—¡Calla! ¿No es mi primo aquel?

Diga usted, Marcela: ¿es él

ese mudo?

AMA.—¡Ay Dios!

MARC.—El mismo.—

Nunca gusté de llorones.

¿Dónde hay cosa más molesta

que oír solo por respuesta

su-piros e interjecciones?

MARC.—¿Pero cual es tu quebranto?

Amigo somos los dos.

Habla; di...

AMA.—¡Plugiera a Dios

que no hubiese hablado tanto!

MARC.—Amor le saca de tino;

más no sé quién le avasalla.

Si se lo pregunto, calla;

solloza si lo adivino.

Y por cierto que hace mal,

y procede como necio;

que de sensible me precio,

si no de sentimental.

Siento los males ajenos:

soy su amiga verdadera;

y satisfacer debiera

mi curiosidad al menos.

Pero si tanto le halaga

dentro del pecho su pena,

guárdesela enhorabuena

y buen provecho le haga.

AMA.—Yo...

MARC.—¡Quita allá, que eso es mengua!

¡Nada! A salir del barranco.

A bien que yo soy más franco:

no me morderé la lengua.

Yo no soy nada hablador,

que de prudente me paso;

pero cuando viene al caso
hablo más que un sangrador.

Precisamente deseo
ahora más que nunca hablar:
¡tal d'eta me ha hecho pasar
el señor don Timoteo!

Ya que usted me da licencia,
y puesto que el Dios vendado
ni más lego, al más callado
da facundia y elocuencia;
basta, basta de tormento;
salga del pecho mi afán,
que estoy hecho un alquitrán,
y si no canto reviento.

No hay que dudar de mi fe
porque Dios me hizo soldado,
que Aquiles fué enamorado,
y Marte mismo lo fué.

No sirve contra Cupido
el vestir ferre coraza,
que cual si fuera de estraza
la taladra el fementido.

Harto he demostrado a mi dama,
celebrando su belleza,
la intensidad, la fiereza
de esta pasión que me inflama.

Ni Amadís, ni Beltenebros,
ni cuantos de amor bramaron,
a sus bellas regalaron
tantos, tan dulces requiebros;
más temiendo sus enojos,
admiro mi cobardía,
no la he dicho todavía:

«muerto me tienen tus ojos».

Mis intenciones son rectas:
bien lo puede conocer;
pero está visto, es mujer,
que no entiende de indirectas.

Yo con mi amor no la ultrajo,
porque al fin soy caballero.
Pues pecho al agua. ¿Qué espero?

Echemos por el atafo.

MARC. (¡Oh, que exordio impertinente!)

MAR. — ¿Qué dice usted?

MAR. — Nada digo. Prosiga usted.

AMA. — ¡Ah!

MAR. — Prosigo,
que ya he soltado el torrente.

Hay mujeres cuyo oficio
es barrenar corazones,
y con dulces ilusiones
sacar a un hombre de quicio.

Mujeres que a su pesar
son imán de los placeres;
y en fin, señora, mujeres
que es forzoso idolatrar.
Graciosas, discretas, bellas,
y apacibles como el cielo,
¿cuál es el hombre de hielo

que no suspira por ellas?

Una entre todas domina,
como suele en los collados
descollar gigante encina.
Por ella estoy con el Credo
en la boca; y... no, no es chanza,

si no cumple mi esperanza
cuando conmigo en Toledo.
Si el hombre más insensible
la adora mal de su grado,
¿qué haré yo, desventurado?

¡Yo, que soy tan combustible!
Pues ese dulce martirio;

esa deidad de la tierra,
que me mueve tanta guerra,
que me infunde tal delirio;
ese apetecido bien,
esa suspirada aurora;
ese prodigio...

Don Martín, Marcelo, Don Amadeo, Julieta,
que llega corriendo.

JUL. — ¡Señora!

MAR. — (Maldita seas, amén.)

JUL. — Venga usted, que hay novedad...
¡yo estoy loca!

MARC. — ¿Qué ha ocurrido?

JUL. — Que Clitemnestra ha parido
con toda felicidad.

MAR. — ¡Clitemnestra!

JUL. — ¡Pobrecita!

MARC. — ¡Oh, que gozo! ¿Y cuántos?

JUL. — Tres.

MAR. — ¿Se puede saber quién es?...

JUL. — ¿Quién ha de ser? La gatita. —
Venga usted: el uno es negro;
otro tiene un collarín.

MAR. — Perdónese usted, don Martín. —
Vamos, vamos. (Se van corriendo.)

Don Amadeo, Don Martín.

MAR. — ¡Pues me alegro!

¡Oh mujer aleve, ingrata!

¡Con la palabra en la boca
me deja como una loca
porque ha parido la gata!

AMA. — ¡Oh cielo!

MAR. — ¡Tratarme así!

¡Si lo veo, y no lo creo!

¿Qué dices de esto, Amadeo?

Responde.

AMA. — ¡Triste de mí!

MAR. — ¡Quedamos lindas figuras
para adornar un retablo!

AMA. — ¡Ay!

MAR. — Jeremías del diablo,
ya la paciencia me apuras.

¿De qué te quejas, maldito?

AMA. — De mi desdicha.

MAR. — Si es tanta,
¡mala angina en tu garganta!

pon en las nubes el grito;
 desahoga el corazón.
 trueno, y no con esa calma
 te estés repudiando el alma
 con tanta lamentación.
 En el café mucho hablar.
 Vaya; ¿quién te pone tasa?
 y en entrando en esta casa
 solo sabes suspirar.
 Levanta; (Le hace levantar) deja de hacer
 en ese rincón el buho,
 y renegüemos a duo
 de esa funesta mujer.
 Toma parte en mi rabieta,
 y pues tanto me ultrajó,
 llámala tú como yo
 frívola, falsa, veleta.
 Por mucho que tú te asombres
 de su garbo sin segund,
 di que Dios la ha echado al mundo
 para acabar con los hombres.
 Di conmigo, pues me mata;
 «mujer inicua y sin fé,
 permita Dios que te dé
 veinte arañazos la gata.»
 AMA.—No la haré yo tal agravio;
 no tomaré tal venganza.
 Solo para su alabanza
 osaré mover el labio.
 Mientras con saña importuna
 te quejas de su desvío,
 yo la pondré, primo mío,
 en los cuernos de la luna.
 Diré que eclipsa la gloria
 de Cleopatra, de Lucrecia,
 y de aquella que en la Grecia
 dejó perpetua memoria.
 Diré que es cual otro Edén
 aquel rostro afable, hermoso.
 Diré que es grato y sabroso
 hasta su mismo desdén.
 Con tierna solicitud,
 si tanto puede mi acento,
 encomiaré su talento,
 ensalzaré su virtud.
 Diré que es dulce, sencilla,
 cuerda, apacible, donosa;
 y diré en verso y en prosa
 que es la octava maravilla.
 MAR.—¡Qué fuego! ¡Qué ponderar!
 Estoy de oírte pasmado.
 O la viuda te ha flechado,
 o yo no sé que pensar.
 AMA.—¡Ah! Sí; mi pecho la adora,
 y en él su imagen grabada...
 MAR.—¡Mire usted con que embajada
 me sale el primito ahora!
 Yo bien decía entre mí:
 este pisó mala yerba;

pero es tanta tu reserva...
 Nunca obsequiarla te ví...
 Yo atendía a mi negocio,
 y con mi afán no advertía...
 Pues escucha: juraría
 que tenemos otro socio.
 AMA.—¡Otro! ¿Y quién?
 MAR.—Don Agapito
 AMA.—Sí, pero en vano porfía.
 MAR.—Querer a ese hombre sería
 imperdonable delito;
 bien lo conozco. No obstante,
 como amor todo es chiripas...
 AMA.—¡Qué! ¡Si da dolor de tripas
 solo el mirar su semblante!
 Menospreciarle debemos,
 porque a un bicho tan cuitado
 le honraría demasiado...
 MAR.—Calla, que aquí le tenemos.
 Don Martin, don Amadeo, don Agapito con
 un cucurucho de du'ces.
 AGA.—Todo Madrid he corrido
 por traerte de los mejores.
 hasta que al fin... ¡Oh, señores!
 ¿Y Marcela? ¿Dónde ha ido?
 (Don Martin y don Amadeo rodean a don
 Agapito, y le hablan con mucho misterio.)
 MAR.—A una solemne función.
 AGA.—¿A estas horas? No sospecho...
 AMA.—Está postrada en su lecho...
 la viuda de Agamenon.
 AGA.—¡En señores! Esa chanza...
 MAR.—No es ilusión.
 AMA.—¡Oh maldad! ¡Oh perfidia!
 MAR.—¡Oh liviandad
 que está clamando venganza!
 AGA.—Vaya; basta de tramoya,
 que es para aspar a cualquiera...
 MAR.—¡Oh Atrida! ¡Más te valiera
 haber fenecido en Troya!
 AGA.—¡Pues digo que es buen humor!...
 AMA.—¡Ay, señor don Agapito,
 tres de una vez! ¡Oh delito!
 MAR.—¡Y el uno es negro! ¡Qué ho-
 AGA.—Véame yo confundido [rror!!!
 si entiendo un solo vocablo.
 AMA.—¡Silencio!
 AGA.—¿Pero qué diablo?.. [rido.
 MAR.—¡Chist...! Clitemnestra ha pa-
 AGA.—¿Clitemnestra? Por mi abuela...
 MAR.—¿Quiere usted que lo repita?
 AGA.—(Dando palmadas.)
 ¡Ah! Ya entiendo. La gatita,
 la gatita de Marcela.
 ¡Por vida!... Me alegro mucho.
 Voy corriendo; voy a ver...
 (Despidiéndose.) Señores...
 MAR.—¿Puedo saber
 qué encierra ese cucurucho?

AGA.—Son bombones, capuchinas, almendras garrapiñadas, yemas acarameladas, y pastillas superfinas.

¿Gusta usted, don Amadeo?

¿Y usted?...

MAR.; La ventura alabo de don Agapito. ¡Bravo! Ya hay dulces para el bateo. Corra usted...

AMA. Corra usted; si. Mi enhorabuena le doy.

MAR.—Cuidarla mucho.

AGA. Voy, voy.—
El negrito para mí.

Don Martín, Don Amadeo.

MAR.—¿Has visto, primo, en tu vida más ridículo así?

AMA.—Va se iba amoscando un poco.

MAR.—¡Oh!; y si él se enoja es capaz... de caerse muerto.—Pero

dejémosle acariciar a su Clitemnestra, y vamos a otra cosa más formal.

¿Conque amas a la viudita?

AMA.—¿Y quién, oh primo, verá tantas gracias en su rostro, quién su talle celestial sin sentir dentro del pecho un amoroso volcán?

MAR.—A mí también me ha gustado más de lo que es regular; y por cierto no esperaba que fueses tú mi rival.

Yo creí que, satisfecho con merecer su amistad, no aspirabas a la dulce coyunda matrimonial.

AMA.—Tampoco yo imaginaba que fueses tú su galán.

MAR.—Poeta y amar de veras; ¡es cosa particular!

AMA.—¿Y qué diremos de tí, andaluz y capitán?

MAR.—Como que iba yo a pedirte me hicieses un madrigal para pintar a Marcela mi dulce cautividad.

AMA.—Yo me iba a valer de tí para decirle mi afán.

MAR.—Pues querernos a los dos no es posible.

AMA. Claro está.

MAR.—Dejarla es duro; matarnos... sería una necedad.—¿Qué haremos?

AMA.—Querido primo, ya sabes tú cuan fatal soy en amores. La adoro. Sólo la tumba podrá

de mi triste corazón la activa llama apagar; mas, sea que no merezco tan peregrina beldad, sea que con tantos ayes la he llegado a fastidiar; bien conozco que Marcela no será mía jamás.

Tú sabes mejor que yo la ciencia de enamorar.

Yo soy tímido en extremo; tú eres en extremo audaz,

a mí no me da esperanzas; acaso a tí te las da.—

Yo te cedo su conquista; sí, Martín; y desde este umbral

apartado para siempre, triste, desvalido, ¡ay!, lloraré mi desventura en amarga soledad.

MAR.—¡Ah, ah!... Déjame reir.

AMA.—¿Conque estoy para espirar, y te ries?

MAR. No hay cuidado; pronto te consolarás, que amores inconsolables no son fruta de esta edad.

AMA.—¡Como! ¿Tú dudas, Martín, que mi amor?...

MAR. No dudo tal, pero hablemos con franqueza, pues nos conocemos ya.

Hoy por Marcela suspiras; mañana suspiraras por otra.

AMA. Yo soy sensible; yo no viví sin amar.

MAR.—Pues por esto mismo es fácil que rinda tu voluntad otra Filis, u otra Laura, amartelado zagal.—

Tres damas te he conocido desde el día de San Juan.

La cuarta es Marcela.—Vamos, dime ahora la verdad;

¿no te atreves con la quinta?;

¿no hay en tu pecho lugar para hospedarla? ¡Qué diablos! Aunque sea en el zaguán.

AMA.—Aun me harás reir, Martín, y eso es una iniquidad.

MAR.—Yo también amo a Marcela, pero amo a lo militar;

reservándome algún tanto de juicio y de libertad, por si hay que volver la grupa hacia el cuartel general.

Cuando la veo me inflamo, pierdo la chabeta, y más si me esgrime aquellos ojos

que tanta guerra me dan.
Confieso que si lograra
su mano, fuera el mortal
más dichoso; pero amigo,
no me dejaré enterar
como amante de novela
si celabazas me a.

AMA.—Pero en suma, ¿qué partido
tomaremos?

MAR.—Declarar
formalmente nuestro amor
a la viuda, y cada cual
ver cómo puede rendirla.
No es mucha temeridad,
que ella nos anima a todos
con su carácter jovial.
Manos a la obra, Amadeo.
¡Al grano!, que lo demás
se perder tiempo. Al que venza
su fortuna le valdrá,
y el que quedare vencido

ceda el campo a su rival.

AMA.—Pues lo quieres, me conformo.

MAR.—Entre tanto dame acá
esos cinco. Siempre amigos.

AMA.—Siempre amigos.—Y del tal
don Agapito. ¿qué hacemos?

MAR.—Declararle sin piedad
la guerra; mortificarle,
perseguirle y no parar
hasta echarle de esta casa;
que aunque él es moro de paz,
y no puede desbancarnos
semejante orangután,
sin embargo, será útil...

AMA.—¿Para qué?

MAR.—Para estorbar.—
Sígueme; vamos a casa,
y dispondremos el plan
de ataque. (Mucho me engaño,
o la hago capitular).

ACTO TERCERO

Don Timoteo, Marcela

TIM.—Pues hemos quedado solos,
ven; sentémonos aquí. Sobrinita.

MARC.—Está muy bien. (Se sienta.)
¿Qué me quiere usted decir?

TIM.—Muerto, o difunto, tres años
hará el día de San Luis,
tu marido, tu consorte,
tu esposo don Valentín,
eres viuda, pero viuda
todavía en el Abril;
quiero decir, en la flor
de tus años. ¿No es así?

MARC.—Cierto. (¿A dónde irá a parar?)

TIM.—Aunque en edad juvenil,
por tu estado, tu talento,
tu independencia, en fin,
porque te dan tus haciendas
una renta de seis mil
y quinientos pesos fuertes,
que hoy día es un Potosí,
eres hábil, apta, idónea,
según el fuero civil;
digamos, según las leyes
y costumbres del país,
para hacer lo que te agrade
de tu persona gentil.

MARC.—Pero...

TIM.—Sentado y supuesto
que tienes maravedís;
esto es, dinero, caudal
para poder subsistir... Digamos...

MARC.—Al grano, tío.

TIM.—Aunque no es tampoco ruín,
o, si se quiere, mezquina,
cicatera, baladí

mi fortuna, pues poseo
gozo y disfruto en Madrid
diez mil ducados anuales,
que no es un grano de anís;
no te hago ninguna falta,
no necesitas de mí.

Pero apenas cinco lustros
acabas tu de cumplir,
ó sean veinticinco años;
y supuesto que en monjil
no se han de trocar tus galas
y, si no quieres mentir,
una voz dentro del pecho
a nueva amorosa lid
te está brindando: Marcela,
sobrinita, por San Dionis,
al yugo del himeneo
vuelve a humillar tu cerviz.
Cásate, y antes que muera,
antes que llegue al confin,
al término de mi vida,
que ya la tengo en un tris,
véame yo en tus hijuelos
renacer, ultravivir,
ya que no pueda en los míos
por culpa de mi Beatriz,
que en gloria descansa, aunque ella
me echaba la culpa a mí.

MARC.—Aún no soy tan vieja, tío,
que me tenga sin dormir
el ansia de pronunciar
en los altares un sí.
Doy por sentado que el hombre,
lo mismo aquí que en París,
es de la mujer apoyo,
como el olmo de la vid.

pero aunque tanta viudez
ya me empezase a aburrir,
porque Insensible no soy
cual figura de tapiz,
eso de c-sarse, tío,
no se hace así como así.
¿He de pregonar mi mano
a son de caja y clarín?

TIM.—No digo tal. ¡Dios me libre
de pensamiento tan vil,
porque vale más tu mano
que el imperio marroquí!
Quédese para las feas
el descaro y el ardido,
o sea... ¡Cuanto habrá
que suspiren entre sí;
quiero decir, en silencio,
por enlazar, por unir,
su destino con el tuyo!
Ahí tienes a don Martín,
al capitán, que delira,
bebe los vientos por tí.

MARC.—¿De veras?

TIM. Sí; me lo dijo
sobremesa, y no en latín,
porque, como al fin criado
en la orilla del Genil,
tiene un desparpajo... Y vaya,
que no es cosa de escupir,
de menospreciar... Treinta años,
hombre fuerte, varonil,
capitán de Artillería,
con haciendas en Coin,
y en Loja y en Antequera,
noble como el mismo Cid,
franco, alegre... Para esposo,
vamos, no hay más que pedir.—
¡Ah, picaruelo! ¿Te ríes?
El se ha valido de mí...

MARC.—Pero...

TIM. Entiendo. Tu modestia,
tu rubor... ¡Oh, qué sutil,
qué sagaz soy yo, qué fino
para esto de descubrir,
adivinar, sorprender
un secreto femenino!

Esto es hecho. Ahora a tus solas...

Adiós. Me voy al iardín.

Echaré pan a los peces,
y subiré peregril

para mañana. ¡Qué boda!

¡Qué brillante porvenir!

Serás muy afortunada,

muy dichosa, muy feliz.

MARC.—¡Pues! Porque ve que me río

ya se va tan satisfecho,

ya presume que mi pecho...

¡Qué original es mi tío!

Sensible soy como todas,

no me pienso emparedar,
pero me pongo a temblar
con solo hablarme de bodas.
Me hallo bien con mi reposo,
con mi dulce libertad,
y temo hallar en verdad
un tirano en un esposo.
Mas si al fin como mujer
me es forzoso sucumbir,
ya que yo le he de sufrir,
yo me lo quiero escoger.

Marcela, Juliana

JUL.—¡Buenas nuevas! El criado
de don Agapito ahora
me acaba de dar, señora,
este billete cerrado.

MARC.—¿Y a quién dirige esa esquela
el señor don Agapito?

JUL.—Lea usted el sobreescrito.

MARC.—(Toma el billete y lee el sobre.)

«Para la hermosa Marcela»—

Extraño, por vida mía,

que un papel quiera enviarme
un hombre que puede hablarme
a cualquier hora del día.

JUL.—Faltándole atrevimiento
para hablar, la cosa es clara,
en ese papel declara

su amoroso pensamiento,
pues, por mucho que presume
de la victoria, es constante
que maneja todo amante
mejor que el labio la pluma.

Sí, carta es de amor.

MARC. Lo creo,
porque me dijo no ha mucho...

JUL.—Ya con impaciencia escucho.

Abra usted, pues.

MARC.

Abro y leo

«Adorable y adorada Marcela, uni-
dos nuestros corazones por los ocultos
resortes de mágica armonía, como los
sones del trombón se acuerdan con los
ecos del violín cuando marcan los com-
pases de una contradanza con melodio-
sa cadencia...»

¡Buen principio! Esto promete.

Me pasma tanta elocuencia.

JUL.—Con melodiosa cadencia...

Vale un mundo ese billete.

MARC. «Días ha que nuestros ojos son
los únicos intérpretes de nuestra reci-
proca ternura; pero ha tomado tal in-
cremento la mía, que ya no la puedo
contener en los límites de mi silencio,
aunque expresivo y elocuente. Un poe-
ta misántropo y calenturiento, un mili-
tar atolondrado y hablador la bloquean
a usted y, envidiosos de mi ventura,

parece que se empeñan en secuestrar mis amores.

Declaro, pues, por escrito, desesperado de poderlo hacerlo de palabra, que mi gusto por la danza, mi pasión por la moda, mi fanatismo por las sedentarias labores del bello sexo, a que usted pertenece y con el cual aspiro a identificarme, y últimamente mi afición a las pastillas de coco y a los merengues, no embelesan tanto mis sentidos como una sola mirada de la interesante Marcela. Arda, pues, para nosotros la antorcha de Himeneo, y envidien todos los elegantes de Madrid al derretido y amarrelado Agapito Cabriola Bizcochea»

JUL.—¡Oh qué melifluo papel!

MARC.—Su lectura causa redio.

¡Qué novio para un remedio!

JUL.—Pues calabazas en él.

MARC.—Me enfada su presunción y su descaro inaudito.

¿Cuándo el tal don Agapito conquistó mi corazón?

Si a mi despecho tal vez sus visitas he sufrido, porque mi paciencia ha sido mayor que su estupidez; si su necia petulancia me ha dictado con razón algún elogio burlón que ha convertido en sustancia; si, como hago con cualquiera por no poderlo evitar, mi mano le suelo dar al subir una escalera, si sufro, por no hacer dengues sobre lo que nada vale, que alguna vez me regale caramelos y merengues; no le autorizo por esto a tan extraña osadía, ni mi amor jamás pondría en hombre tan indigesto.

JUL.—¡Uf! me da dolor de muelas; de mirarle me empsago.

Déle usted carta de pago y vaya a las covachuelas.

MARC.—No pasará de esta noche, puesto que a tanto se atreve.

Ya que el demonio me lleve quiero que me lleve en coche.

JUL.—Y qué le digo al criado que espera contestación?

MARC.—Le dirás que a la oración... (Suena una campanilla.)

Anda a ver quién ha llamado.

MARC.—¡Posible es que así se engaña con mi pretendido amor!

¿Yo su esposa? Antes, ¡que horror! la mano me cortaría.

Yo le haré con mis desprecios...

Señor, ¡que no ha de poder ser amable una mujer sin que la persigan necios!

Marcela, Juliana

MARC.—¿Que hay?

JAL.—De recibirla acabo

dos cartas más. ¡Qué fortuna!

Don Marín manda la una,

la otra el poeta. ¡Bravo!

También esperan respuesta los criados de los dos.

MARC.—Dame, dame. Santo Dios, ¿qué conspiración es esta?

JUL.—¡Bueno! ¿Qué hace usted con tres declaraciones ahora?

MARC.—Leamos. «A mi señora doña Marcela Cortés.»

JUL.—(La veo en terrible aprieto.

¿Quién se llevará la torta?)

MAR.—Esta a lo menos es corta.

«A Marcelita, soneto.

Si digno fuera de tu ansiada mano quien más rendido tu belleza adora, pronto diera la benigna aurora término a tu desdén, que lloro en vano.

Más ¡ay! jamás logró poder humano dar leyes al amor, jamás, señora; que, a poderlas dictar, mi pecho ahora se holgara de romper su yugo insano.

No con dulce mirar me lisonjeo: solo te pido en premio a mi ternura el fatal desengaño que preveo, Bien como en cárcel hórrida y oscura solía un tiempo el inocente reo la muerte preferir a la tortura.

Amadeo Tristán del Valle.»

JUL.—A ese no habrá quien lo tilde de vano y de presumido.

¡Qué modesto, qué rendido,

qué respetuoso, qué humilde!

MARC.—Si es cierto amor tan extraño, yo estoy muy comprometida, porque va a perder la vida si le doy un desengaño.

JUL.—Pero es tan bello sujeto, tan amable... Bien merece..

(Buena señal, que enmudece.)

MARC.—Mucho me agrada el soneto.

JUL.—Por fuerza ha de ser muy fiel quien tales sonetos fragua.

¡Eh, señora! ¡Pecho a! agua!

Decídase usted por él.

MARC.—No, es imposible que sienta lo que me dice.

JUL.—Pues ya.

MARC.—Pero el soneto quizá

se ha escrito para cuarenta.

JUL.—Con tal marido yo espero...

MARC.—Después de la bendición suele volverse león el más tímido cordero.

JUL.—Mi corazón se conmueve, y a ser la cosa conmigo...

MARC.—Confieso que es el amigo que más aprecio me debe; mas casarme...

JUL. Voto a San...

Si no nos aventuramos, señora mía...

MARC.—(Después de un momento de reflexión.)

Leemos la carta del capitán. «Amable Marcelita, esta tarde me hubiera declarado verbalmente a no haberlo impedido el parto de Clitemnestra.

Me dejó usted plantado por una gata.» Aunque nada hay malo en esto, nunca tan frívola fui.

Para escaparme de aquí me valí de aquel pretexto; porque estaba ya en un potro y no podía sufrir al uno por su gemir, y por su charlar el otro.

«Pero yo no lo atribuyo a desprecio, sino a un capricho, a una chanza, o tal vez al designio de hacerme ver que ciertas materias se deben tratar sin teatigos.—Ya es tiempo de explicarme.

Treinta años hace que soy soltero, y no es para hombres de mi temple el ser toda la vida de Dios una misma cosa. Unos me plantan el matrimonio como el más espantoso cautiverio; otros dicen que es un manantial de dichas y de placeres. Cada uno cuenta de la feria como le va en ella. Yo quiero salir de dudas, porque he sido curioso, y porque empiezo a cansarme de andar, como suelen decir, asalto de mata. Los mandamientos de la ley de Dios me prohíben hostilizar a la mujer del prójimo. Dicen que todo lo puede el dinero: mentira. Yo tengo tres mil duros de renta, y nunca he podido comprar los verdaderos placeres, que otros más afortunados disfrutan gratis.—Me canso de lidiar con petronas y lavanderas.—Por otra parte; cuando yo nací mi padre fué lo que yo no he sido todavía; y un hombre como yo no ha de ser menos que su padre. Por esas y otras razones he resuelto casarme; y habiendo de elegir una esposa, ¿quién mejor que usted, viudita mía? Talento, gracia, hermosura...

¡Cuantos presagios de ventura ma-

trionial!—Aunque creo que no me mirará usted con repugnancia, ignoro todavía el lugar que ocupó en ese corazón; pero me parece que no haría usted ningún disparate en casarse conmigo porque, sin vanidad, me atrevo a ser tan buen consorte como el primero.

Ya ve usted que esto es hablar al alma. He dicho. Responda usted ahora con la misma franqueza a su resuelto pretendiente Q. S. P. B.

Martín Campana y Centellas.

¡Epístola singular!

¿Has visto un novio más brusco?

JUL.—Por cierto que el hombre es ehush—
¡Qué modo de enamorar! [co.

MARC.—Alabo su buen humor y su carta me da gozo.

que al fin es soberbio mozo...

JUL.—Y muy soberbio hablador.

MARC.—Más con gracia.

JUL. No ha de ser por mi voto el preferido.

¡Dios me libre de un marido que hable más que su mujer!

MARC.—¿Conque no te agrada?

JUL. No.

Yo le haría mil desdenes.

MARC.—Juliana, mal gusto tienes,

¿Y si le escogiera yo?

JUL.—Preciso es que la chabeta perdiera usted, ama mía,

A quien yo preferiría es al poeta.

MARC. El poeta... Si...

JUL. Yo hablo sin interés.

Ello, usted se ha de casar.

MARC.—¡No me dejan respirar!

JUL.—Vamos ¿a cuál de los tres?...

MARC.—Poco a poco. ¿Es puñalada de pícaro? Loca estoy.

¡Tres a un tiempo! Se lo doy,

Juliana, a la más pintada.

JUL.—Pero ¿qué contestación

a los criados daré?

MARC.—Que aquí vuelvan les diré sus amos a la oración.

JUL.—¿Pues qué, va usted a salir?

MARC.—Voy a hacer una visita ahí arriba a doña Rita.

JUL.—¿No me quiere usted decir?...

MARC.—Muy pronto, te lo prometo, todos mi elección sabrán.

(¡Qué franco es el capitán!—

¡Qué letrilla y qué soneto!)

(Se retira pensativa.)

JUL.—¡Mal haya tanto misterio!

Ahora iría con el chisme a Gertrudis si supiera....

¡Desgraciadas las que sirven

a estos señores que quieren que todo se lo adivinen!—
Vamos no dirá el poeta que Juliana es insensible a su regalo.—Y presumo que la viuda le distingue.—
Por otra parte yo temo que la balanza se incline a don Martín.— Esta duda tanto me aburre y me atlije, como si fuera yo alguno de los tres novios insignes.—
Con esto, y con que después se la lleve el alféñique de don Agapito... ¡Oh! no. ¡Qué locura! No es posible.—
¿Quién se acercará—El es.

Juliana, don Agapito.

AGA.—Juliana, muy buenas tardes.

JUL.—Felices.

AGA.—Ya sé que tu ama ha leído mi billete. Dime, dime...

JUL.—Le cita a usted...

AGA.—Ya lo sé.

Si me lo ha dicho Felipe.

Pero yo estoy impaciente,

y es preciso que averigüe...

JUL.—También ha citado...

AGA.—¿A quién?

JUL.—Al poeta.

AGA.—¿Qué me dices?

¿Se ha declarado por fin?

JUL.—Sí, señor.

AGA.—¡Mire usted!

JUL.—*Item.*

Comparecerá también a su tribunal temible el capitán don Martín, a fin de que se administre recta justicia a los tres.

AGA.—¡Bien! Comparecencia triple.

¿Es concurso de acreedores?—

Con tal que a mí me adjudiquen la hipoteca... ¡Oh! ¿quién lo duda?

Me alegro de que nos cite

a un tiempo a los tres. Mi triunfo

así será más plausible,

más solemne, y mis rivales...

¡Cuanto voy a divertirme!—

Di; ¿cómo leyó

mi carta? Con apacible

sonrisa, con cierta... Aguarda:

¿te gustan los diabolines?

Aun tengo...

JUL.—No soy golosa.

AGA.—¿Que le ha parecido el símil?...

JUL.—No entiendo.

AGA.—La consonancia

de trombones y violines

comparada a nuestro amor.

El pensamiento es sublime.

¿Lo celebró? (Va oscureciendo.)

JUL.—Sí por cierto, soltando el trapo a reírse como yo.

AGA.—Pues, de alegría,

Y dime, ¿tú no advertiste

palpitación en su pecho,

y así..., un rubor...

JUL.—(¡Oh, qué chinché!)

Excuse usted las preguntas,

porque yo no he de decirle

ni una palabra.

AGA.—Está visto;

sin duda se me apercibe

a alguna dulce sorpresa.

¡O! pero yo soy muy lince.

JUL.—Al más lince se la pegan.

AGA.—¡Oh! lo que es a mí es difícil.—

Hablemos claro; yo sé

que Marcela se desvive

por mí, y esos mentecatos

en vano, en vano compiten

conmigo.

JUL.—Tengo que hacer,

y si usted me lo permite...

AGA.—Anda con Dios.—Ah, te ofrezco

para cuando se realice

mi casamiento...

JUL.—¿Un vestido?

AGA.—Una libra de confites.

JUL.—Mil gracias por la fineza.

(Mala vibora te pique.)

AGA.—¡Bravo! La victoria es mía.

Esta noche se despiden

mis rivales y, no bien

me dejen el campo libre,

trataremos de la boda.

A medio día convite

gastronómico; a la noche

gran concierto, baile... Envidien

mi fortuna los que tanto

con sus bromas me persiguen,

los que me llaman enclenque

y fatuo y... Yo sé el busilis

mejor que nadie, y mujer

que a mis gracias no se rinde

bien puede decir... ¿Qué veo?

Allí vienen el belitre

de don Martín y su primo

don Amadeo. ¡Infelices!

Don Agapito, Don Martín, Don Amadeo

MAR.—No puede tardar. Aquí

la aguardaremos.

AMA.—¡Terrible

momento!

MAR.—(En voz baja.) Don Agapito.

Hagamos lo que te dije.

Duro con él. Yo, por un lado;

tú por otro. (Acercándose a don Agapito y dándole una fuerte palmada en el hombro.)

Don Meindre,
buenas noches.

AGA. Poco a poco.
No quiero que me acaricien
de ese modo.

AMA.—(Por el lado opuesto haciendo lo mismo.)
Buenas noches.

¿A cómo van los anises?
AGA.—¡Eh, que mis hombros no son
de piedra!

MAR. No; son de mimbre,
ya lo sé; pero mi afecto...

AGA.—Bueno está que usted me estime,
pero...

AMA. ¡Cuidado, que soplan
unos vientos muy sutiles,
y usted no está para fiestas!
Le aconsejo que se cuide.

AGA.—Pero, señores, ¿qué diablos...?
Quiero que ustedes descifren...

MAR.—Guárdese usted del sereno.

AGA.—Pero aunque yo me constipe,
¿qué le importa a nadie?

MAR. Vamos,
el que de esto no se ríe
no tiene gusto.

AGA. Señores...

MAR.—Oye para que te admires.
Ese apéndice...

AGA. ¡Qué frases!
No, pues como yo me irrite...

MAR.—Quiere casarse.

AMA. ¿De veras?
No haga usted caso. Son chistes
de mi primo. ¡Usted casarse!

AGA.—Sí, señor. ¿Y quién lo impide?

MAR.—Y con Marcela ¡Ahí es nada!

AGA.—Bueno es que ustedes me priven...

MAR.—Hombre, no sea usted fatuo

AMA.—Hombre, no sea usted simple,

MAR.—¿Dónde se ha metido usted?

AMA.—Mejor es que se retire

AGA. ¡Por vida!...

Desde que tengo narices

no me he visto...

MAR. ¿Quiere usted

con esa cara de tiple

enamorar a Marcela?

Si fuera entonar un kyrie...

AGA.—¡Oiga usted!..

AMA. ¡Marido un *quidam*

que padece de raquitis!

MAR.—Si usted se casa... perdone

que su fin le pronostique,

no vive usted veinte días.

AMA.—¿Qué veinte días? Ni quince.

AGA.—¿Quieren ustedes dejarme?

MAR.—¡Vaya una figura triste!

AGA.—¿Pero hay valor para esto?

AMA.—¡Vaya una cara de tisis,
que da gozo!

AGA. ¡Voto a brios!

AMA.—¡Vaya un ente inverosímil!

AGA.—Señores, basta de broma.

MAR.—¿Eh? ¿Quiere usted que me ex-
de otro modo? [plique

AMA. Mejor es.

Dejémonos de perfiles.

Renuncie usted a la mano

de Marcela.

AGA. Es imposible.

MAR.—Deje usted de visitarla.

No es justo que nos fastidie...

AMA.—Que nos estorbe...

AGA. Esas cosas
de ningún modo se exigen,
y primero...

MAR. ¿Conque usted
gallea?

AMA. ¿Usted se resiste?

MAR.—(Tirándole de un brazo.)
Pues vengase usted conmigo.

AMA.—(Tirándole del otro.)

Pues veremos si usted ríse
como habla. Sígame usted.

AGA.—Señores, no me desquicien.

MAR.—Déjale. Vámonos al campo.

AMA.—Es inútil que porfies.

Antes lidiará conmigo.

AGA.—Pero entre Escila y Cariddis
¿qué hago yo?

MAR. Suéltale.

AMA. Aparta.

AGA.—¡Por piedad, no me asesinen
ustedes!

MAR. ¡Al campo!

AMA. ¡Al campo!

AGA.—¿Quién me socorre? ¡Ah caribes!

Don Amadeo, don Agapito, don Martín, don

Timoteo Julian! (Don Martín y don Amadeo

sueltan a don Agapito, Juliana trae luces.)

TIM.—¿Qué es esto?

JUL. ¿Qué es esto?

AMA. Nada.

TIM.—Esos gritos...

MAR. Una broma.

AGA.—Pero broma muy pesada.

MAR.—¿Se pica usted, camarada?

Pues con su pan se lo coma.

TIM.—¿Picarse? ¡Qué disparate!

Pero al oír tal debate

yo pensaba, por mi abuelo,

que se trataba de un duelo,

o desafío, o combate.

MAR.—¡Qué! no, señor. Le hemos dicho

que deje de pretender

a Marcela.

TIM.—¡Buen capricho!

MAR.—Porque ella es mucha mujer para semejante bicho.

AGA.—¿No ve usted cómo me insultan? Yo lo sufro...

AMA. Por desidia.

AGA.—Mas si antes no me sepultan, Marcela... En vano lo ocultan, se están muriendo de envidia.

TIM.—¡Silencio! Amigos, ahora; luego, más tarde, después...

JUL.—Fuego de amor los devora, mas ya vendrá mi señora, y escogerá entre los tres.—

Oiga usted, don Amadeo.

(Le lleva a un lado, y hablan aparte. Lo mimo hace don Timoteo con don Martín.)

Hablé por usted a mi ama.

De usted será. Así lo creo.

AMA.—¡Fausto amor! ¡dichosa llama!...

Mas, ¡ay! te engaña el deseo.

TIM.—Usted va a rendir el muro.

MAR.—¿Será mía?

TIM. Lo aseguro.

MAR.—¡Si vale usted un tesoro!

TIM.—Lo afirmo, y lo corroboro, y lo sostengo, y lo juro.

AGA.—¡Cuánto tarda! Me impaciento.

¡Oh! con tisis, o sin tisis, ya se verá... Pasos siento.

JUL.—Ya está aquí

TIM. Llegó el momento decisivo; esto es, la crisis.

Don Timoteo, Don Agapito, Don Amadeo.

Juliana, Marcela

TIM.—Bien venida.

AMA. (¡Oh, dulce vista!)

MAR.—Caballeros, buenas noches.

TIM.—Aquí tienes tres amantes, o bien tres adoradores, que solicitan, pretenden, o cualidades, o dotes, y es fuerza que alguno de ellos tu preciosa mano logre.

¿A cuál de los tres eliges?

¿A cuál de los tres escoges?

MAR.—Declarados ya los tres, el triste deber me imponen mi amistad, mi honor, mi estado de decir a estos señores libremente mi sentir; y pues el poder del hombre, como ha dicho alguno de ellos, no manda en los corazones, yo espero que sin rencor a mi fallo se conformen.

AGA.—Lo prometo.

MAR. Y yo también.

AMA.

MARC. Tres declaraciones

he recibido esta tarde que me colman de favores.

Ahora bien, responderé a todos tres por su orden.— Don Agapito...

AGA. ¡Ay Marcela!

(Solo a mí me corresponde. Sus ojos lo están diciendo.)

MARC.—Aunque me sobran razones para quejarme de usted, pues no sé cuándo, ni dónde le he dado yo fundamento para que tanto blasone de mi soñado cariño...

AGA.—Señora... yo...

MAR. Aquí se oye y se calla.

MARC. La indulgencia ha sido siempre mi norte, y mal puedo yo evitar que usted viva de ilusiones. Le perdono su osadía.

Por lo que hace a sus amores, los agradezco en el alma; mas le ruego no se enoje si digo que para usted mi corazón es de bronce.

AGA.—¿Qué escucho?

MARC. No hay que aflijirse.

Siendo tantos los primores de esos pies y de esas manos, mujeres hay más de doce a las cuales un marido como usted vendrá de molde, ya que yo no haga justicia a un mérito tan enorme.

Pero le daré un consejo siempre que a mal no lo tome. Si usted pretende, hijo mío, ser venturoso en amores, déjese de caramelos, robustezca sus pulmones, emancipe su cintura del corsé que se la come, déjese de figurines, déjese de rigodones;

que el hombre ante todas cosas está obligado a ser hombre.

AGA.—¡Usted también! Vive Dios, que ya no hay paciencia...

TIM. ¡Pobre

don Agapito! Si usted consiente en que yo le adobe, le cure, le restablezca, desencanije y entone...

AGA.—Déjeme usted que estoy hecho un tigre, un rinoceronte.

Y yo.

¡A mí tal desaire! ¡A mí!...
Estoy echando los bofes
de cólera y de... ¿Qué digo?
Eso quieren, que me amosque,
y me desespere, y... No;
que hay hermosuras mayores
muertas por mí.—Sí, señora;
y porque usted me aborhorne
no dejaré yo de ser
la delicia de la corte.

Marcela. Don Amadeo, Don Martín, Don Timoteo, Juliana

JUL.—(Ese ya va despachado.)

TIM.—¡Qué estólido es ese joven,
qué mentecato, qué necio,
y qué estólido, y qué torpe!

¡Oh! pues cómo no se enmiende,
o se corrija, o reforme,
le anuncio, le pronostico
le presagio mil sofiones;
¡sí! y exequias prematuras,
anticipadas, precoces.

MAR.—¿Conque a quién le toca ahora?

AMA.—(Yo tiemblo como el azogue.)

MARC.—Al señor don Amadeo.—

Sentiré que le incomode
mi franqueza. Yo le estimo
como a un hermano. Son nobles

sus sentimientos, su trato
el más ameno, es muy dócil,
muy fino, muy consecuente,
y me faltan expresiones
para ensalzar su talento;
mas, por mucho que me honre
con su mano, nuestros gustos,
nuestros genios son discordes.
El es serio, reflexivo,
taciturno; y yo, señores,
viva, alegre, bulliciosa.

Además, aunque él me adore,
jamás podré conseguir
que a las musas abandone...

y tendré celos de Erato,
de Talía y de Caliope.

Mas ya que el hado no quiere
que esposo mío le nombre,
más tierna amiga que yo
no ha de hallar en todo el orbe.

AMA.—(Muy exaltado.)

¿Amiga? ¡qué profieres!

¿Merece mi ternura tal desvío?

¡Ah! rompa el labio mío, (res.)

rompa el silencio, pues mi muerte quiere

¡Oh, tú, la más cruel de las mujeres!

¡oh, tú, cuyos hechizos

por mi destino aciago

adoro a mi despecho!

¿Solo me ofresces de mi amor en pago
yerta amistad? Arráncame del pecho

en donde está grabada,
arráncame primero, ingrata, impía,
tu imagen adorada.—

¡Ay! mal que pese á tu desdén infausto,
cuando al dolor sucumba,—
y pronto gozarás en mi holocausto,—
conmigo aquí a la tumba
descenderás ¡oh linda entre lindas,
y oh fiera entre las fieras la más fiera!

La amistad apacible
con que tú ahora, ¡pérfida! me brindas
tal vez se cambia en amorosa hoguera;
mas ¿dónde el insensible,
dónde está el corazón cobarde, helado,
que á la amistad descende
cuando en llama voraz Amor le encien-

No, no. Sé mi enemiga, [de?—
pues no merece el misero Amadeo
a par de tí, ceñirse en los altares
la plácida corona de Himeneo.

En tanto mis pesares
lejos de ti llorando, en la ribera
del lento Manzanares,
yo con voz lastimera
a los vientos daré tristes cantares.

Adios!

MARC. Pero oiga usted....

AMA. No, ya es en vano.

MAR.—¡Primo!....

TIM. ¡Raras manias!
Mire usted, considere, reflexione
que como no abandone.... [cias?

AMA.—¿Ya va usted á ensartar sus profe-
Cállese usted, y el diablo se le lleve.—

¡Adiós, mujer alevel!

¡adiós por siempre! ¡adiós! Nuevo Ma-
victima moriré de tus rigores. [cias

En tiernas elegias

cantad, hijos de Apolo, mis amores,
y en mi huesa llorad, llorad, pastores!

Marcela. D. Timoteo. D. Martín. Juliana.

MARC.—Don Martín, lloro ó me río?
porque á la verdad yo dudo
lo que debo hacer.

MAR. Reir
es lo mejor.

TIM. ¡Qué exabrupto,

qué descarga, qué andanada,

qué tempestad, qué diluvio

de quejas y de clamores,

de lágrimas y de insultos!

MARC.—Pero ¿habrá perdido el juicio?

MAR.—¿Cómo, si nunca lo tuvo?

Ya ve usted, poeta.... Pero

no hay cuidado; ese es un flujo

de palabras. El morirse

de amores ya no está en uso.

TIM.—Ea, vamos, ya está visto
que es tu novio, ó tu futuro,

don Martin.

JUL. (¡Pobre poeta!)

TIM.—Aplaudo, celebro mucho, tan buena elección, tu acierto, quiero decir, tu buen gusto.

MAR.—Si merezco tanta gloria no habrá, señora, en el mundo quien no envidie....

MARC. Usted perdone.

don Martin, si le interrumpo.

Comiese usted que no tiene todavía muy duros

los cascos para marido.

Aun no está usted muy seguro de quererme sólo á mi.

Aun están muy en tumulto

esas pasiones; y ya,

que no fui con mi difunto

muy dichosa, antes que humille

otra vez mi frente al yugo

lo miraré muy despacio.

Palabras que como el humo

se disipan, nada prueban,

y a quien cumplió cinco lustros,

don Martin, no se deslumbra

con amorosos artillos.

Aunque un poco atolondrado,

usted, no lo dificulto,

seria muy buen marido;

mas dice un refrán del vulgo

que lo mejor de los años

es no jugarlos.

MAR. ¡Me luzco

como hay Dios!

TIM. Pero, sobrina....

MAR.—¿Conque tampoco hay indulto

para mí?

MARC. Perdone usted.

No es vanidad, no; lo juro,

la causa de este desvío

con que á tres novios renuncio;

pero eno mi libertad

y en ella mi dicha fundo.

No aborrezco yo á los hombres

aunque severa los juzgo.

Confieso que para amigos

son excelentes algunos;

para amantes, casi todos;

para esposos... ¡abrenuncio!

Mi sexo me inclina á ellos;

mi razón toma otro rumbo.

No sé al fin quien vencerá,

porque yo no soy de estuco.

Entre tanto, ni desprecio

a los hombres, ni los busco.

Buenas palabras a todos;

mi corazón... a ninguno.

MAR.—Esa franqueza me encanta;

y seria un necio, un bruto

si, ya que aspirar no puedo,

aunque de amor me conumo,

a una mano tan preciosa,

lo cifrase yo mi orgullo

en elogiar a Marcela

y en llamarme esclavo suyo.

JUL.—¿Conque no se casa usted?

TIM.—¿He de bajar yo al sepulcro

sin el consuelo, el alivio,

el gusto, el placer?... Presumo

que así será.

TIM. Mas, ¿por qué,

por qué, mujer? Yo me aburro.

MARC.—Boda quiere la soltera

por gozar de libertad,

y mayor cautividad

con un marido la espera.

En todo estado y estera

la mujer es desgraciada;

só o es menos desdichada

cuando es viuda independiente,

sin marido ni pariente

a quien viva sozuzgada.

Quiero, pues, mi juventud

libre y tranquila gozar,

pues me quiso el Cielo dar

plata, alegría y salud.

Si peligra mi virtud

venceré mi antipatía,

mas mientras llega ese día

¿yo marido? Ni pintado,

porque el gato escarmentado

huye hasta del agua fría.

Los humanos corazones

ya a mi costa conocen.

Pocos me querrán por mí;

cualquiera por mis doblones.

Celibatos camastros, nes,

buscad muchachas solteras,

que muchas hay casaderas.

Dejadme a mí con mi u-o.

Paguen el as su tributo;

yo ya lo pagué, y de veras.

No perturbéis mi reposo.

Hombres, yo os amo en extremo;

pero a la verdad, os temo

como la oveja al raposo.

Este es necio, aquél celoso;

avaro y altivo el uno,

otro infiel, otro importuno,

otro...

MAR.—¿Está usted dada al Diablo?

MARC.—No hay que ofenderse. Yo hablo

con todos y con ninguno.



FUERA CANAS

sin teñirlas
ni arrancarlas

Gran invento. **BRILLANTINA INDIA** (Sin grasa)

Exíjase en la etiqueta La figura
de la India. (Marca Registrada.)

Producto antiséptico, compuesto de raíces aromáticas
Único que sin teñir, en pocos días devuelve a las canas su color
primitivo. Usándole no salen nunca. Fortifica la raíz del
cabello evita su caída y le devuelve el jugo perdido, pues la
cana no la motiva otra causa que la falta de dicho jugo, sin
el cual se debilita la raíz, haciéndole perder color y fuerza.
Precio: 5 pesetas. De venta en todas las perfumerías y dro-
guerías. Por mayor: J. BARREIRA. - Muñoz Torrero, 8.
MADRID

Marca Registrada

STILOGRÁFICAS

Millares donde elegir
desde 1 a 300 pesetas

Casa MOZO

Alcalá, 9
MADRID

FOTOGRAFIA

BIEDMA

CALLE DE ALCALA, 23
Teléf. M-730. - Hay ascensor.

LIPIE VD. LOS
METALES CON

"AERO"

Y BRILLARAN
MAS QUE EL ORO



¡EUREKA!

ES EL MEJOR
CALZADO

Nicolás M. Rivero, 11
MADRID

Pildoras Saludables

DE
50 MUÑOZ 20
LAXANTES
PURGANTES

(ref. 13)
(ref. 14) EN TODAS LAS FARMACIAS

TOS FERINA JARABE BEBÉ

PRINCIPALES
FARMACIAS
DROGUERIAS

HIPOFOSFITOS SALUD

RECONSTITUYENTE
PODEROSO

LOS ANIMALES

- | | | | |
|----------------|------------------|------------------|-----------------|
| 1.-León. | 9.-Oso. | 17.-Caballo. | 25.-Pingüino. |
| 2.-Mono. | 10.-Ciervo. | 18.-Perro. | 26.-Lagarto. |
| 3.-Elefante. | 11.-Canguro. | 19.-Hipopótamo. | 27.-Murciélago. |
| 4.-Tigre. | 12.-Lobo. | 20.-Jirafa. | 28.-Hormiga. |
| 5.-Aguila. | 13.-Serpiente. | 21.-Rinoceronte. | 29.-Leopardo. |
| 6.-Cocodrilo. | 14.-Gato montés. | 22.-Tortuga. | 30.-Hiena. |
| 7.-Dromedario. | 15.-Bisonte. | 23.-Rata. | 31.-Abeja. |
| 8.-Avestruz. | 16.-Foca. | 24.-Rana. | 32.-Ballena. |

Colección completa. - Precio: 20 céntimos número.

R
8834

LO QUE U
para tonificar
talecer por c
HIPOFOS

TRICENTA A

Gobierno de La Rioja
BIBLIOTECA DE LA RIOJA



10000345160

Publicaciones

MADRID.-CALVO ASENSIO, 3. APARTADO 498

KIRIKI

1. Kiriki Bolchevique. 2. Kiriki, Avia-
dor. 3. Kiriki Canibal. 4. Kiriki Rey
de fieras. 5. Kiriki Aero-
nauta. 6. Kiriki Apache.
7. Kiriki, Detective. 8.
Kiriki, Raffles. 9. Kiriki
Cow-boy. 10. Kiriki Piel
roja. 10. Kiriki, Pesca-
dor. 12. Kiriki, Cazador.
13. Kiriki, Nadador. 14.
Kiriki, Saltimbanqui.
15. Kiriki, Boxeador.
16. Kiriki, Espiritista.
17. Kiriki, Aladino. 18.
Kiriki, Desengañado.

Colección completa. — Precio: 20 céntimos número.

PRENSA POPULAR

ha puesto también a la ven-
ta las célebres obras de

LINEARES RIVAS

La garra. - Fantasma. - La espuma
del champagne. - El abolengo. - María
Victoria. - La raza. - Aire de fuera. - Co-
mo hormigas... - La fuerza del mal...
En cuarto creciente.

Precio: 3 pesetas

PIDANSE A LIBREROS, A NUESTROS CORRESPONSALES
Y A ESTA ADMINISTRACION, MADRID, CALVO ASENSIO, 3

PRENSA POPULAR. — Calvo Asensio, 3. — Madrid. — Apartado 498